

Noche de voraces sombras

Agustín Fernández Paz

NOCHE DE VORACES SOMBRAS

AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ

De ti no quedan más

que estos fragmentos rotos.

Que alguien los recoja con amor, te deseo,

los tenga junto a sí y no los deje

totalmente morir en esta noche

de voraces sombras, donde tú ya indefenso

todavía palpitas.

José Ángel Valente

Fragmentos de un libro futuro

1

MIENTRAS ESCRIBO EN LA SOLEDAD DE MI CUARTO, CAE LA TARDE SOBRE LOS TEJADOS DE LA CIUDAD. ME GUSTA CONTEMPLARLA EN ESTAS HORAS, CUANDO LA OSCURIDAD COMIENZA A INUNDARLO TODO, OCULTANDO LAS FORMAS Y LOS COLORES, HASTA QUE SOLO SON VISIBLES LOS CONTORNOS DE LAS COSAS. ENTRE TANTAS SOMBRAS, ÚNICAMENTE DESTACAN LAS CALLES, SEMEJANTES A RÍOS DE LUZ TENUE, Y LOS RECTÁNGULOS ILUMINADOS DE LAS VENTANAS, QUE SE IRÁN APAGANDO A MEDIDA QUE LA NOCHE AVANCE, COMO TAMBIÉN ACABARÁ POR APAGARSE LA MÍA.

Pero lo que de verdad me atrae es mirar a lo lejos, más allá de los edificios y de las altas grúas del puerto, y detenerme en el distante mar de aguas oscuras que se prolonga hasta juntarse con la negrura azulada del cielo. Un mar que me trae a la memoria el que veía todas las noches desde el balcón de la casa de Viveiro, aunque allí estaba mucho más cerca y su rumor rítmico e inacabable me acompañaba a todas horas.

Viveiro y los días de agosto son ya solo un recuerdo. Y ahora, conforme el tiempo me aleja de ellos sin remedio, veo con claridad que allí quedó abandonada la adolescente alocada e infantil que yo era, aunque entonces no fuese consciente de eso y me considerase una chica mayor. Y no lo digo por la intimidad que llegué a tener con Daniel, que también fue importante, con el descubrimiento de tantas sensaciones que nunca había experimentado hasta aquel momento, sino por el terremoto que me cambió la vida e hizo que mi apasionada relación con él, como tantas cosas que yo creía esenciales, quedase arrumbada en uno de esos rincones olvidados de la memoria.

Sé bien que si este cuaderno fuese el típico diario adolescente, como los que tantas veces he leído en novelas juveniles, yo ahora tendría que contar aquí las horas intensas que viví con Daniel. Hasta este verano, mis experiencias amorosas se limitaban a los inocentes besos con Fran y a los abrazos fugaces que nos dábamos al anochecer cuando nos escapábamos al paseo marítimo. Con Daniel todo ocurrió de otra manera, ya desde la primera tarde en que nos conocimos. Una relación directa y sincera, quizá porque los dos sabíamos de antemano que el mes de agosto sería brillante y efímero como las estrellas fugaces, y que debíamos aprovechar el tiempo que el azar nos ofrecía de forma gratuita.

Debió de ser esa sensación de fugacidad la que nos llevó aquella noche a la playa de Covas, mientras que los de la pandilla pensaban que andábamos perdidos entre tanta gente como había en el baile de la fiesta. De aquellas horas recuerdo especialmente el ruido de las olas, yendo y viniendo incansables, como iban y venían las manos de Daniel explorando mi cuerpo, y las mías el suyo, al tiempo que nos besábamos con una pasión que yo hasta aquel momento nunca había experimentado. Entonces, cuando los dos abandonamos felices la playa, de vuelta a la fiesta que ocupaba las calles del pueblo, yo no podía saber que me esperaban otros acontecimientos que me sacudirían de arriba abajo y que me obligarían a madurar de golpe, haciendo aflorar en mi interior energías secretas que ni tan siquiera había imaginado.

¡Qué extraña es la vida! Me miro ahora en el espejo y contemplo en él la misma Sara de hace dos meses, cuando acababa de cumplir dieciséis años. Aparentemente, nada cambió en mí; pero por dentro noto que soy otra y que veo de forma muy distinta la realidad. Ya había oído decir que hay hechos que te cambian la vida, experiencias que marcan una frontera dentro de ti, un antes y un después que en nada se parecen. Siempre pensé que esas cosas no pasaban de ser frases más propias de las novelas o películas, algo que nunca tendría nada que ver conmigo. Hasta este verano, que ha sido cuando han ocurrido los sucesos que quiero contar aquí.

2

AUNQUE mi madre ya lo venía anunciando desde algunas semanas antes de que acabase el curso, la confirmación definitiva de que íbamos a pasar el mes de agosto en Viveiro, en casa de la abuela, fue como una nube negra que vino a posarse encima de todos los planes que había hecho para las vacaciones. Era verdad que íbamos allí año tras año, desde que yo tenía memoria. Dentro de mí, los veranos estaban asociados a aquel paraíso que para una niña de ciudad, como yo era, significaba la casa de mamá Laura. Dicen que cuando somos pequeños tendemos a ver la realidad a nuestra escala, por eso ahora puedo entender bien que aquellos cuartos de techo altísimo, las escaleras que llevaban al desván o al cobertizo donde se guardaba la leña y un montón de trastos viejos, me produjesen una honda fascinación. El edificio entero y, sobre todo, la huerta de atrás, cumplían el papel de continente maravilloso en el que toda aventura era posible.

Estos últimos años, a medida que crecía e iba descubriendo la libertad de volar sola por las calles de A Coruña, la estancia en Viveiro había perdido también el encanto que antes tenía. Sin embargo, era una rutina que nunca me había atrevido a cuestionar. La abuela vivía sola, y no quería ni oír hablar de venirse a pasar el invierno con nosotros, salvo los contados días de Navidad. Así que el tiempo de agosto era el único de todo el año que de verdad podíamos compartir.

Pero ahora todo aquello había dejado de tener sentido, pues mamá Laura había muerto a finales de noviembre. Ya se había sentido mal en las anteriores vacaciones. Mi madre se había pasado todo el mes llevándola de médico en médico sin ningún resultado. Los análisis eran satisfactorios y no le encontraron nada que justificase aquel estado de decaimiento. Era cierto que seguía ocupándose del trabajo de la casa, pero abandonó labores que antes hacía con gusto, como cuidar de la huerta o hacer punto. Incluso yo, que siempre la había visto como si fuese a vivir eternamente, me daba cuenta de que nunca más tendría aquella energía de la que siempre había dado muestras; era doloroso reconocer que los años la iban desgastando sin remedio.

A mediados de noviembre, una vecina llamó a mi madre para que se acercase a Viveiro; la abuela se encontraba mal y tenía que guardar cama. Mi madre se marchó intranquila, temiéndose lo peor, pero cuando nos telefoneó ya estaba más calmada. Parecía que solo era una

gripe, aunque le había atacado más fuerte que otras veces. Después de algunos días de cuidados, mamá Laura aparentaba estar ya recuperada. Sin embargo, una tarde se sintió peor, como si hubiese tenido una recaída. Se metió en la cama y a las pocas horas murió, con las manos de mamá cogidas entre las suyas. La enterramos en el pequeño cementerio de Celeiro, en el panteón en el que reposaban sus padres y su hermano, como ella había deseado. Es un camposanto situado al lado de la capilla parroquial, un lugar alto y soleado desde el que se ve el mar. Del funeral y del entierro solo guardo en mi memoria la tristeza y la presencia del gris, pues aquella tarde el agua del mar estaba del color del plomo y las nubes, casi negras, ocupaban el cielo por entero.

La casa permaneció cerrada desde aquel día, como si en ella el tiempo se hubiese parado cuando lo hizo el corazón de la abuela, ya que mi madre no había querido tocar nada. Así que este verano, para qué voy a mentir, confiaba en que abandonaríamos aquella rutina que, ahora que mamá Laura ya no estaba, había perdido todo sentido. Lo que menos imaginaba era que a mi madre le diese por ir a encerrarse en un sitio que, por fuerza, le tenía que traer el recuerdo de aquellos días tristes.

—Pero, mamá, tú siempre decías que había que ir porque la abuela estaba sola -intenté argumentar cuando me vino con la noticia-. ¿Qué necesidad hay de que vayamos este año?

—Necesidad, ninguna. Mi madre ya no precisa que le hagamos compañía. Pero me apetece ir: hay que abrir la casa y arreglar algunas cosas; no podemos dejar que se estropee todo como si no tuviese dueño.

—También podéis ir unos días papá y tú. Yo puedo quedarme aquí, me las arreglo bien sola.

—No te voy a dejar aquí sola, eso ni lo sueñes -me cortó con voz enérgica-. Además, un mes de tranquilidad nos vendrá bien a las dos. A mí, para acabar de una vez la novela en la que ando desde hace dos años, y a ti, para que te tranquilices, que llevas todo el curso demasiado inquieta.

Yo todavía confiaba en que mi padre se opusiera, pero mis ilusiones se desvanecieron aquella noche, cuando no solo ratificó lo que me había dicho mamá, sino que añadió otra razón de peso:

—Yo también tengo ganas de ir, más que otros años. Además, Xavier y Montse quieren pasar unos días de vacaciones con nosotros. Aquí sería imposible, a ver dónde metíamos a las niñas, mientras que allí hay sitio de sobra. ¡Podremos estar juntos todos los de la familia!

Claro que me alegraba de que viniesen mi hermano Xavier y su mujer, y también me hacía ilusión ver a mis sobrinas. La última vez que las había visto fue cuando los visitamos en Navidad; por aquel entonces empezaban a andar. Vivían en Barcelona y solo podían venir a Galicia en verano, pero nos comunicábamos con ellos casi a diario, sobre todo a través del correo electrónico, que mi hermano utilizaba también para mandarnos el montón de fotos que siempre hacía a Anna y Raquel. No era eso lo que me molestaba, aunque mi padre parecía no darse cuenta de que había otras razones detrás de mi negativa.

—¡Claro! Mamá con su novela y tú con tus libros. Para vosotros, Viveiro es el lugar ideal: horas y horas de silencio y tranquilidad sin fin. Pero ya me contarás qué hago yo allí tantos días.

Era un comentario injusto, y lo peor es que yo tenía conciencia de eso. Mi padre está siempre con un libro entre las manos, para él la mayor felicidad es leer una novela que le entusiasme, pero esto nada tenía que ver con mi enfado. Y lo de mi madre, menos. Al revés, me sentía orgullosa de su trabajo como escritora. De pequeña me gustaba ver por casa los libros con su nombre en la cubierta, aunque entonces no me dejaba leer ninguno, con el pretexto de que eran para adultos. «Todavía eres muy joven, ya los leerás cuando seas mayor», me repetía mi padre. Pero un día, creo que fue poco después de cumplir trece años, cogí el más famoso, *Te espero en mis sueños,* y lo leí a escondidas. Me encantó, y no solo por la emoción de leer algo prohibido. Cuando mi madre lo descubrió, se enfadó mucho; supongo que le daba vergüenza porque la novela está llena de encuentros amorosos descritos con total realismo. Aunque en lo esencial no me había descubierto nada, o casi nada, para ser sincera, lo cierto es que me había dejado desconcertada, pues me resultaba extraño que mi madre y la autora de aquellas escenas eróticas fuesen la misma persona.

—No sé por qué te pones así -respondió mi padre, molesto por el tono en que le había contestado-. Te gustaba mucho ir a Viveiro, de pequeña estabas siempre deseando ir allí. Si fuéramos a otro sitio, entendería que te aburrieses. Pero allí tienes las amigas de siempre, y en agosto no hay más que fiestas. A mí me parece que puedes pasarlo

mejor que ningún año.

Me callé. ¿Cómo explicarle que, más que tener que estar en Viveiro, lo que de verdad me fastidiaba era verme obligada a marchar de A Coruña? En agosto, A Coruña se convierte en una ciudad mágica para la gente de mi edad, no pasa un día en que no haya un motivo para salir hasta bien tarde. Los de la pandilla habíamos hecho planes muy minuciosos: playa, fiestas, conciertos... Y además estaba Fran, que se iba a tomar muy mal que lo dejase tirado todo el mes. Pedirle que cogiese la tienda de campaña y se viniera a Viveiro era una locura, aunque ganas de hacerlo no me faltaban. ¡Habría que resignarse y acumular la paciencia necesaria para sobrevivir!

3

LLEGAMOS a la casa de Viveiro el 30 de julio. Mentiría si dijese que no me alegró volver a ver aquel lugar en el que tan bien lo había pasado durante los veranos de mi infancia. La casa está a la salida del pueblo, en un lugar que llaman Nogueiras, muy cerca del mar. Para llegar a ella hay que meterse por una pista asfaltada que, desde la carretera de la costa, sube hasta la parroquia de Gundín. No es que tenga ningún mérito arquitectónico especial, por toda la comarca hay construcciones semejantes, con dos balcones simétricos en la fachada y una galería orientada al oeste. Si algo la distingue de otras es que, además del pequeño jardín de la parte delantera, tiene una huerta enorme detrás, con abundantes árboles frutales.

—¡Cómo está todo, se nota que falta la mano de la abuela! -dijo mi madre cuando entramos en el jardín-. ¡Mirad el huerto de las fresas! Parece una selva.

Tenía razón mi madre. La hierba del jardín estaba tan crecida que apenas podíamos andar, y las zarzas se enredaban por todas partes como si fuesen lianas. Y otro tanto ocurría en el terreno que está enfrente de la casa, al otro lado del camino. Le llamábamos el huerto de las fresas porque, durante algunos años, la abuela las plantaba, pero ya llevaba tiempo sin arar y las malas hierbas habían acabado por apropiarse de todo aquel espacio.

—Eso queda de mi cuenta, en dos días lo dejo como en los mejores tiempos -respondió mi padre, animoso-. Me vendrá bien algo de ejercicio, después de tantas horas en la oficina.

Dentro de la casa olía a cerrado; parecía que la ausencia de vida había dejado en ella un olor peculiar. Todo estaba en penumbra, como si tampoco la luz se atreviese a entrar en aquellas habitaciones vacías. Era extraño no sentir la voz de la abuela dándonos la bienvenida, y descubrir que no nos llegaba ningún aroma de la cocina, pues siempre que íbamos mamá Laura nos preparaba algún plato especial. Aunque me vino a la cabeza la memoria de tantos y tantos días felices como había pasado allí, en aquel momento me pesaba más el fastidio de tener que permanecer todo el mes tan lejos de A Coruña. Cuando volviese a la ciudad, ya sería septiembre. Y septiembre, como le gustaba decir a Fran, siempre es tan aburrido como una interminable tarde de domingo.

Ayudé a mi madre a abrir las contras y las ventanas, para que entrase el aire que venía del mar y se llevase aquel olor a cerrado que, sin querer, asocié con la muerte de la abuela. Después de ventilar todo, bajé a por las bolsas que había dejado en el recibidor, para subirlas al que siempre había sido mi cuarto. Pero mamá, adivinándome la intención, me dijo:

—No, Sara. Es mejor que le dejes tu cuarto a las gemelas, así estarán al lado del que ocuparán Xavier y Montse, cuando vengan todos.

—¿Y dónde duermo yo? -pregunté, extrañada.

—Tú puedes dormir en el cuarto del tío Moncho,

Me quedé parada en medio del pasillo, sin saber qué decir. ¡El cuarto del tío Moncho! Me sorprendieron las palabras de mi madre, porque aquella habitación siempre había estado cerrada con llave, una llave guardada celosamente por la abuela, y a nadie se le había pasado por la cabeza la idea de ocuparlo. Para mí era, además, como el cuarto prohibido del cuento de Barba Azul, o como la estancia secreta de aquel cuento tan terrible de los hermanos Grimm, *El pájaro del engaño*, que tanto miedo me daba de niña. La abuela nunca me decía nada, porque no era necesario; yo bien sabía que no debía abrir aquella puerta, una norma que también mis padres respetaban, pues era aquel un lugar prohibido y solo ella tenía la libertad plena para entrar y salir.

De aquel tío Moncho yo sabía poco. Había muerto hacía muchos años, todavía no se habían casado mis padres. Había sido el único hermano de la abuela y siempre había vivido con ella, pero para mí no significaba nada: solo era un nombre que aparecía en las conversaciones de vez en cuando y una imagen repetida en algunas viejas fotos familiares. Mamá Laura aireaba y limpiaba aquella habitación todas las semanas y no dejaba que nadie hiciese ese trabajo. Nunca quiso deshacerse de ninguno de los objetos que allí había, y mi madre afirmaba que dentro todo estaba como lo había dejado el tío cuando murió.

Mamá debió de adivinar lo que yo pensaba, porque añadió:

—La abuela ya no está con nosotros, y la vida sigue.

Estuvo bien respetar su voluntad durante todos estos años, al fin y al

cabo, esta era su casa. Pero ahora es mía, y no tiene sentido que, después de treinta años, el cuarto siga vacío.

—¡Si la abuela pudiese escucharte, vaya disgusto que se llevaba! -repliqué.

—Mi madre era muy buena, pero también tenía sus rarezas -me contestó-. Y ese empeño en guardar todo lo del tío, como si fuese a volver algún día, nunca lo entendí. ¡Solo me faltaba a mí heredar también sus manías!

Mamá fue a la habitación y abrió la puerta. Debía de haberla ventilado mientras yo bajé, porque por el balcón entraba una luz espléndida y el aire mecía alegremente las cortinas.

—Es una de las mejores de la casa, ya lo ves: grande, soleada, con todo el mar enfrente. Quiero que, de aquí en adelante, la ocupes tú.

—Pero todavía están las cosas del tío -objeté, por decir algo. Lo cierto es que me desconcertaba el cambio, no me resultaba fácil olvidar de golpe tantas sensaciones como tenía asociadas a aquel cuarto.

—Sí que están, y algunas puedes dejarlas; no creo que te estorben todos los libros que tenía. Pero otras vamos a tener que retirarlas. La abuela se empeñó en guardar mucha ropa, ni tan siquiera consintió en regalarla. Así que tendremos que vaciar el armario y la cómoda.

—¿Y qué vamos a hacer con todo lo que hay ahí dentro?

—No tiraremos nada, a la abuela no le gustaría. Si vienes después conmigo al taller, cogeremos unas cajas que hay allí, que nos servirán para guardar la ropa y todas las cosas que encuentres. Y después las subimos al desván, en donde hay sitio de sobra para ellas.

Yo no quería que mi madre me ayudase, así que le contesté que podía hacerlo sola. Cuando se fue, me senté en la cama y examiné por primera vez el nuevo espacio que se me había asignado. Además del armario y de la cómoda, sobre la que colgaba un espejo alargado, enmarcado a juego, había una mesa grande con las patas torneadas, así como dos sillas del mismo estilo. Todos los muebles, barnizados de un color marrón oscuro, tenían un aire de in-temporalidad, como si hubiesen ocupado desde siempre aquel lugar. Lo que más me llamó la atención, sin embargo, fue la librería de tres cuerpos, con los estantes

atestados de libros, que ocupaba casi una pared completa. Como tantas veces le había escuchado a mamá Laura, al tío le gustaba mucho leer y consideraba que sus libros eran el tesoro más preciado.

Mi padre dice que se puede conocer cómo es una persona examinando su biblioteca. Es una exageración, creo yo; pero si algo había de cierto en ella, allí, al alcance de mi mano, tenía los secretos de aquel pariente desconocido. Me levanté y les eché una ojeada rápida. Había de todo, desde tomos encuadernados en piel hasta un montón de novelas pequeñas y gastadas. La mayoría estaba en castellano, aunque también encontré bastantes en gallego y unos pocos libros en francés. Mi curiosidad se disparó al momento. Quizá no sea una buena lectora, como mi padre, pero los libros siempre me han atraído de forma especial. Me prometí a mí misma dedicar alguna tarde a explorar cuanto allí había, pero en aquel momento tenía otras tareas más urgentes. La primera, ordenar mis cosas y, así, tomar posesión definitiva del cuarto.

Abrí las bolsas y saqué todo lo que traía en ellas. Las camisas y las faldas las extendí encima de la cama, no quería que se me arrugasen, y el resto de la ropa lo coloqué sobre la mesa. Las otras cosas las dejé en el suelo, al lado de las bolsas. Viendo todo lo que había traído, se me fueron las ganas de continuar. La idea de ponerme a vaciar los muebles y limpiarlos después por dentro me agotaba solo de pensarlo. Era un trabajo que podía hacer cuando estuviese más descansada. Bien pensado aún no hacía ni siquiera una hora que habíamos llegado; tenía tiempo de sobra. Claro que también sabía por experiencia que mi madre iba a enfadarse conmigo si veía todo revuelto, así que más me valía sacar fuerzas de donde fuese.

En estas estaba cuando escuché una voz que conocía bien:

—¡Sara! ¡Baja, soy Aurora!

Me asomé al balcón. En la cancela de la entrada se encontraba Aurora, sonriéndome. Me alegré de verla, ella era la mejor amiga que tenía en Viveiro. Como su casa estaba cerca de la nuestra, había sido mi compañera de juegos desde que éramos unas crías. Cuando somos pequeñas, es así como funcionan las relaciones. Juegas con quien tienes al lado, con los que viven en el mismo lugar que tú. Y así había ocurrido con Aurora. En invierno ella salía con las otras niñas que conocía del colegio, pero yo era su amiga de agosto. No solo de agosto, en realidad, pues durante los meses del curso nos escribíamos

una carta tras otra, y durante mucho tiempo no tuvimos secretos entre nosotras. Claro que quizá las cartas no bastan para mantener una amistad, porque desde hacía dos años nuestras relaciones habían perdido una parte de la complicidad que nos unía. No se trataba de nada insalvable, ni mucho menos: los gustos musicales, su preocupación continua por el qué dirán, la forma de entender las relaciones con los chicos..., pequeños detalles que, todos juntos, abrían grietas en la armonía de otro tiempo. Pero seguíamos queriéndonos y no nos costaba olvidar aquellas diferencias durante las vacaciones.

Después de muchos besos y abrazos, Aurora me puso al corriente de las novedades sobre los chicos y chicas de la panda: quién había llegado y quién lo haría en los días venideros, las nuevas parejas que se habían formado y las que habían cortado hacía poco, cómo le había ido a cada uno en los estudios... Después me propuso bajar al pueblo, y yo acepté encantada. Poner en orden mi cuarto bien podía esperar hasta el día siguiente.

Pasamos la tarde jugando al trivial con las otras amigas de la panda, entre charlas y risas, en la cafetería donde acostumbrábamos a reunimos cada verano. Algunas eran de Viveiro, otras solo estábamos allí durante las vacaciones. Y, como en los veranos anteriores, volví a experimentar el placer del reencuentro, la sensación de que el tiempo no había pasado y de que entre nosotras existía la misma amistad, como si nunca hubiésemos dejado de vernos. Aquel año necesitaría a mis amigas, su compañía y sus risas, para poder pasar un mes que se me iba a hacer tan duro lejos de A Coruña.

Fue allí donde vi a Daniel por primera vez. Estaba sentado con otros dos chicos en las escaleras de piedra que hay en la parte de arriba de la plaza, y me llamó la atención desde el primer momento. No sé si se dio cuenta o no de las miradas furtivas que le dirigía de vez en cuando, pues él seguía hablando como si ignorase nuestra presencia. Cuando el sol dejó de calentar, fuimos a sentarnos en la terraza, era la hora en que mejor se estaba al aire libre. Fue entonces cuando él se acercó hasta donde estábamos y se sentó con nosotras. Comprobé con sorpresa que las otras ya lo conocían: era primo de Nuria, una chica de la pandilla, y estaba pasando unos días en su casa. Vivía en Vigo, y era la primera vez que visitaba Viveiro. Cuando nos presentaron, Aurora comentó: «¡Huy, de Vigo y de Coruña! ¡Estos dos se van a llevar como el perro y el gato! ». Pero yo, mientras compartía con él los dos besos de ritual, supe que aquella vez Aurora podía no tener razón, pues noté cómo se me hacía un nudo en el estómago y cómo, para mí, aquel chico pasaba a ocupar el lugar central de la reunión.

Era innegable que me sentía muy atraída por Daniel, que tampoco dejó en ningún momento de mirarme durante las horas fugaces de aquella primera tarde.

4

PASABAN de las diez cuando llegué a casa. Durante el camino de vuelta, que hice con Aurora como acostumbraba, no paramos de imaginar planes para el mes que teníamos por delante. Me sentía contenta, mucho más de lo que había imaginado hacía tan solo unas horas y, dentro de aquella inesperada felicidad, algo tenía que ver la atracción a primera vista que había sentido por Daniel.

Mis padres ya habían cenado y estaban en la sala viendo una película en la televisión. A mí no me apetecía nada quedarme con ellos, así que cené deprisa y subí rápidamente a mi cuarto, pretextando que estaba cansada y que todavía tenía que recoger mis cosas.

Pero, una vez en el dormitorio, las escasas ganas que traía de ordenar nada desaparecieron por completo. Antes de salir, había vaciado las bolsas alegremente y ahora tenía todo tirado encima de la cama y por el suelo. Si quería colocar mis pertenencias, primero tendría que vaciar los muebles y limpiarlos bien por dentro. Demasiado trabajo para la hora que era; decidí que bien podía esperar a la mañana siguiente, así que me limité a despejar la cama amontonando sobre las dos sillas la ropa que había dejado en ella.

Me apetecía más echarle una ojeada a los libros, que me habían llamado la atención desde el primer momento. ¿Qué leería aquel remoto pariente mío? Dudé antes de tocarlos; me sentía como una intrusa que no tenía derecho a revolver en pertenencias ajenas, pero pudo más la curiosidad. Los volúmenes aparecían cuidadosamente colocados en los estantes, en un orden que respondía a diversos criterios, pues a veces aparecían agrupados por temas; pero otras, lo que primaba era la colección o el tamaño del libro. Algunos destacaban por su encuadernación, si bien la mayoría eran ediciones en rústica, con los lomos desgastados y el papel de los cantos amarillento por el paso del tiempo.

Quizá los más abundantes eran los de aventuras, con autores que se repetían una y otra vez: Alejandro Dumas, Emilio Salgari, Julio Verne, Robert L. Stevenson, Walter Scott, Edgar Rice Burroughs, Herbert G. Wells... Muchos títulos me sonaban, y ya había leído algunos libros, pero otros era la primera vez que los veía. También había una estantería con novelas de ciencia ficción, un género del que yo casi no sabía nada, pero que debía de entusiasmar al tío Moncho: Brian Aldiss,

Philip K. Dick, John Brunner, Frederick Phol… Ninguno de aquellos autores me sonaba de nada, tendría que preguntarle a mi padre si los conocía.

Sin embargo, lo que más me llamó la atención fue encontrarme con dos estantes enteros ocupados por libros de poesía. Era un prejuicio, me daba perfecta cuenta de ello, pero la imagen del tío Moncho no encajaba nada con la idea que yo tenía de un lector de poemas. Fui repasando los lomos en busca de títulos y autores. Algunos me eran conocidos, aunque no hubiese leído nada de ellos, pero de otros nunca había oído hablar. Mi sorpresa fue máxima cuando vi que una parte de los títulos estaba en francés: *Les fleurs da mal,* de Baudelaire; *Elégies,* de Verlaine; *Alcools,* de Apollinaire; *Les illuminations,* de Rimbaud… ¿Cómo era posible?

Pero mi búsqueda todavía me reservaba una sorpresa mayor. Cuando me puse a examinar el último cuerpo de la librería, descubrí que todo él estaba ocupado por libros en gallego. Cabanillas, Otero Pedrayo, Castelao, Cunqueiro, Manuel Antonio, Risco, Rosalía de Castro… Aquí sí que conocía autores y títulos, pues el curso pasado, en el instituto, las clases de lengua gallega habían estado dedicadas casi por entero a la literatura del siglo xx. En cuanto les eché la primera ojeada, muy pronto comprendí que la mayoría de aquellos libros eran primeras ediciones. Fue como si, de repente, cobrasen una nueva dimensión para mí. Verlos allí era muy distinto que estudiarlos, como había tenido que hacer este año, pues eso significaba que el tío Ramón los había leído al poco de publicarse, cuando todavía nadie podía imaginar que quedarían para siempre en la historia de la literatura.

Cogí uno de aquellos libros, *Cantiga do sí e do non,* de Alvaro Cunqueiro, fascinada por lo que me parecía un raro tesoro. Al hojearlo, vi que entre sus páginas había algunos tréboles de cuatro hojas, de un verde casi gris, mustios por el paso del tiempo. Cuando quise examinar uno de ellos se me deshizo en las manos, como dicen que se deshacen algunos de los objetos de las tumbas del antiguo Egipto al entrar en contacto con el aire, después de siglos de olvido.

No era el único libro que escondía cosas en su interior, pues cuando cogí otros, elegidos al azar, comprobé que a aquel pariente mío debía de gustarle guardar objetos de todo tipo entre sus páginas, quizá como recuerdos de momentos felices de su vida: fotos recortadas de revistas, papeles plateados de los que envuelven las galletas de chocolate, pétalos de flores, sellos de correos… De uno de aquellos libros cayó un

fino papel de color rosa, que voló por el aire como una mariposa asustada. Al recogerlo del suelo, vi que en él había un breve poema, escrito con tinta desvaída por el paso del tiempo:

Inda nos meus beizos arde con labaradas de febre o bico daquela tarde.

Que puxeche nel non sei.

¡Tempo e tempo que vivirá doutro mal non morrerei! [1]

Lo leí varias veces seguidas, atraída por la pasión que encerraban aquellos versos, escritos con una preciosa caligrafía de rasgos estilizados, con letras tan perfectas e iguales que se dirían hechas con un patrón. ¿Sería un poema del tío o lo habría copiado en aquella hoja porque le había gustado? Tendría que preguntarle a mi padre. Si era de alguien conocido, seguro que él lo identificaría. Volví a poner el libro en su sitio, pero decidí guardarme para mí aquel poema que tanto me gustaba. ¿Quién me lo podía reclamar, si nadie lo echaría nunca en falta?

Fue en aquel preciso instante cuando me di cuenta de que mi cuerpo se había puesto anormalmente tenso, como si una parte de mí, esa parte animal de la que a veces nos hablaba la profesora de Biología, se pusiera en guardia y vigilase el espacio de la habitación, mientras mi parte consciente se entretenía hojeando en los libros de los estantes. Quizá ya llevaba así algún tiempo, no sabría decir cuánto, pero solo entonces fui consciente de lo que me estaba sucediendo.

Era algo irracional, lo sabía bien. Pero lo que experimentaba en aquel momento era la incómoda sensación de que no me encontraba sola en el cuarto, de que algo, o alguien, estaba observándome y respirando el mismo aire que yo respiraba. Nunca me había ocurrido una cosa así y, quizá por eso, mi desconcierto era todavía mayor. Giré el cuerpo de repente, como si quisiera coger por sorpresa a quien se escondía detrás de mí. Pero no había nadie, naturalmente: yo era la única persona que se encontraba en el dormitorio.

¿Sería el incómodo olor a cerrado lo que me producía aquel desasosiego? El cuarto había sido aireado durante todo el día. Tal vez fue mi madre la que cerró el balcón antes de que yo llegase. Pero quizá no había sido el tiempo suficiente, así que volví a abrirlo y dejé

que entrase el aire fresco de la noche. Después, con un movimiento ridículo, porque era ridículo, miré debajo de la cama y detrás de los muebles, solo para comprobar con mis ojos que allí no había nadie. No me atreví, sin embargo, a abrir el armario, fue uno de esos temores irracionales que a veces nos asaltan, Lo había visto perfectamente antes, cuando mi madre lo había abierto por la tarde, y sabía que allí no había más que la ropa vieja del tío, aquella ropa que mamá Laura había guardado durante tantos años como una reliquia. Finalmente, el desasosiego acabó por vencerme. Salí del cuarto y bajé a la sala donde estaban mis padres.

—¿Tú por aquí? ¿No decías que tenías tanto sueño? -me preguntó mi madre.

—Vengo a por una manta -mentí-. Ya no me acordaba de lo frescas que son las noches en Viveiro.

—Pues no tenías necesidad de bajar, las mantas están todas en la cómoda que hay en la galería. Vete allí y coge una.

Volví a desearles buenas noches y subí otra vez las escaleras. Sabía de sobra dónde estaban, pero algo tenía que decirles. ¿Cómo les iba a contar lo que me ocurría de verdad? ¿Les explicaría que tenía miedo de alguien que estaba esperándome en el dormitorio? Todos los esfuerzos que había hecho en los últimos tiempos para que dejasen de tratarme como una niña no valdrían de nada, no podía permitirme una chiquillada así.

Cuando regresé al cuarto, con la manta inútil en la mano, muy pronto supe que la experiencia anterior no había sido una aprehensión momentánea, porque la sensación de sentirme vigilada volvió a imponerse por encima de todos mis esfuerzos por actuar de manera racional. Sentía como si alguien tuviese sus ojos clavados en mi espalda y estuviera jugando a que no le viese, pues cuando me daba la vuelta, y juro que la di varias veces, aquella presencia se ocultaba de mí con la misma rapidez con la que yo me movía. Por un momento pensé si estarían observándome desde el techo, como la enorme araña de aquel relato inquietante, *La visita,* creo que se llamaba, que habíamos leído en la clase de Lengua. Pero en el techo, como es lógico, tampoco había nada. ¿Qué iba a haber?

Intenté tranquilizarme, todo aquello era ridículo. Estaba dejándome llevar por mi alocada imaginación, esa de la que siempre se burlan

mis amigas. ¿Qué era lo que había de raro en el cuarto? Algo tenía que haber allí que me intranquilizaba.

Me senté en una silla y miré a mi alrededor. ¡Claro! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Acostumbrada como estaba a los ruidos de la ciudad, lo que me oprimía el corazón era el silencio, ese silencio roto solo por el rumor de las olas al romper en las rocas, y que hace que la casa, por las noches, parezca estar aislada y perdida en los confines del mundo.

Cogí el *discman* y los cascos que había dejado antes en la mesa de noche, y busqué, entre tantas cosas amontonadas en el suelo, el estuche donde había guardado los compactos que había seleccionado para traer a Viveiro. Escogí *Clandestino,* de Manu Chao, y puse en marcha el aparato. Hice un esfuerzo por tranquilizarme, incluso empecé a respirar como había aprendido en los ejercicios de relajación del gimnasio. Aunque me costara, iba a hacer lo posible para que aquel miedo ridículo no me venciese.

Estaba sola, pero, por primera vez en mucho tiempo, sentí reparos en desvestirme. Lo hice a toda prisa, nerviosa, como si temiese la entrada repentina de alguien que me pudiese ver solo con el sujetador y las bragas. Aunque me daba perfecta cuenta de que no era ese miedo lo que me cohibía, sino el pudor que me hacía sentir aquella presencia inconcreta, que parecía compartir el cuarto conmigo.

Me puse solamente la camiseta del pijama, y durante un tiempo me dejé llevar por el ritmo de la música, moviéndome de un lado al otro del cuarto, mientras trataba de convencerme de lo absurdos que eran mis recelos. Cuando estuve más calmada, decidí acostarme. Busqué una novela en los estantes, no solo porque me guste leer en la cama, sino porque aquella noche no quería apagar la luz hasta que me cayese de sueño. Me decidí por *Grandes esperanzas,* de Charles Dickens. Me había gustado mucho la película, que habíamos visto en la televisión, y mi padre había comentado que la novela estaba todavía mejor.

Muy pronto comprobé que había acertado, pues a las pocas páginas ya estaba viviendo los conflictos del protagonista como si fuesen míos. Leí durante un rato, y no dejé el libro hasta que noté cómo el sueño hacía que los ojos se me cerrasen solos. Entonces apagué la luz y me dispuse a dormir.

Pensé que el sueño me vencería al momento, pero no fue así. Cuanto más esfuerzo hacía para no pensar en nada y dejarme llevar por la modorra, con más intensidad conseguía el efecto contrario. Volví a sentirme despejada como si fuese por la mañana. Y la sensación de que no estaba sola en el cuarto regresó a mi cabeza, si es que alguna vez se había ido, haciéndose a cada momento más intensa. Era como si aquella presencia, con el dormitorio bañado por la escasa claridad que venía de fuera, pudiese por fin adueñarse por entero del espacio y convertirse ella en su ocupante, dejándome a mí el papel de intrusa que se había atrevido a entrar en un lugar que no le pertenecía.

Asustada, me tapé la cabeza con las sábanas, dejando solo el hueco imprescindible para respirar. Sentía cómo el corazón me latía de forma alocada y notaba que el miedo me paralizaba de la cabeza a los pies. Pensé en encender la luz, pero no me atrevía ni siquiera a sacar la mano fuera de la ropa. Quizá, pienso ahora, tenía más miedo a lo que me pudiese mostrar la luz que a aquella oscuridad que me envolvía.

Debí tardar en dormir, pero el sueño acabó por vencerme. Y no desperté hasta que mi madre abrió la puerta y asomó la cabeza para decirme que me levantase ya, que hacía muy buen día y que me esperaban abajo para desayunar.

Era cierto que el día se presentaba espléndido. Una luz alegre entraba por el balcón, y el trozo de cielo que podía ver a través de los cristales aparecía limpio de nubes. Desconcertada todavía por las sensaciones de la noche anterior, me senté en la cama y recorrí con la mirada todo el cuarto. Cada cosa seguía en el mismo sitio donde la había dejado, no había nada que justificase mis temores. La presencia extraña, si es que alguna vez la hubo, debía de haberse retirado con la luz del día. ¡Qué tonta y novelera podía ser, no tenía remedio! En aquel momento tenía conciencia plena de que estaba sola, de que aquel era un cuarto precioso y de que el miedo, aquel miedo ridículo que me había asaltado por la noche, solo había sido una nube pasajera que había desaparecido para no volver.

5

DURANTE EL desayuno, no les dije a mis padres nada de lo que me había ocurrido. ¿Qué les iba a contar si, en realidad, todo había sucedido en mi imaginación? Me daba vergüenza reconocer aquella debilidad mía que, puesta en palabras, parecía un miedo absurdo, más propio de una niña pequeña. De lo que sí les hablé fue de los libros que había encontrado en la biblioteca del tío. Los dos mostraron interés, sobre todo mi padre; mi madre me escuchaba atenta, pero se veía bien que su cabeza estaba en otro lado, ocupada, con toda probabilidad, por los personajes de su novela.

—Tenéis que subir a verlos -insistí-. Hay muchos libros de escritores gallegos de los años veinte y treinta; sobre todo primeras ediciones, algunas con portadas muy bonitas. Si los ve mi profesor de literatura de este curso, le da un infarto de la emoción, estoy segura.

—Yo ya sabía que mi tío tenía una buena biblioteca. ¿O de dónde pensáis, entonces, que salían tantos libros como leí de joven? -se justificó mamá-. Pero, con la manía de mi madre de no tocar nada tras su muerte, la verdad es que acabé perdiendo el interés por ellos.

—Pues ya tengo yo ganas de examinar con calma tanta maravilla. Voy a tener que invadir tu cuarto en cuanto salgas -comentó mi padre con retranca, sabedor de lo mucho que me molestaba.

—¡Ni se te ocurra entrar si yo no estoy! No quiero que revolváis en mis cosas -le contesté, medio en broma, medio en serio. Después, para desviar la conversación hacia otros derroteros, añadí-: ¿Y qué me decís de los libros en francés? A mí fue lo que más me sorprendió.

—*El carpintero que leía a Rimbaud.* ¿Qué te parece, Cristina? -intervino papá, con ironía-. Yo que tú, lo anotaría. No me negarás que es un buen título para una novela.

Lo decía porque sabía lo que a mi madre le costaba elegir los títulos de los libros. Para el que traía entre manos en aquellos momentos, había barajado un montón de ellos, hasta que, después de marearnos durante varios días para que le diésemos nuestra opinión, había terminado por decidirse por el de *La mujer de las dunas.* Mi padre es así, siempre encuentra una frase burlona para encajarla en el momento oportuno.

La conversación sobre los libros nos ocupó todo el desayuno, pero luego decayó. Ante el buen tiempo que se presentaba, los tres hicimos planes para aprovechar aquel día de sol. Ellos pensaban acercarse a la playa de Esteiro, era su arenal preferido, aunque les quedaba un poco lejos y tenían que desplazarse en coche. Yo, en cambio, comenté que iría a Covas con los chicos de la pandilla, como acostumbrábamos a hacer siempre. Aurora había quedado en venir a buscarme a las doce, así que todavía faltaban casi dos horas para que se presentase.

—Pues bien podías aprovechar el tiempo y ordenar un poco tu cuarto. Recuerda que tienes que vaciar el armario y la cómoda, ya te dije ayer que encontrarás en el taller las cajas que necesites.

Era uno de esos comentarios de mi madre que equivalían a una orden, así que me dispuse a hacer el trabajo, aunque no tenía ningunas ganas. Rechacé la ayuda que me volvió a ofrecer, podía arreglármelas yo sola. Fui a la cocina, cogí la llave de la puerta del taller, que seguía en el mismo cajón donde siempre la guardaba mamá Laura, y salí en busca de las cajas.

El taller es una nave de planta baja, edificada al lado del huerto de las fresas. Tiene en la fachada un portalón de madera pintado de azul, que está casi siempre cerrado, pues la que utilizamos para entrar es una puerta pequeña que hay en la parte lateral. Aquel era el lugar donde el tío Moncho había trabajado de carpintero hasta su muerte. Debió de ser muy bueno en su oficio. A la abuela le gustaba recordar que, además de ser él quien había hecho todos los muebles de la vivienda, en muchas casas del pueblo aún había chineros y mesas de comedor que habían salido de sus manos.

Por dentro está sin dividir, salvo la oficina, un espacio pequeño que hay al final de la nave, y un aseo todavía más pequeño pegado a ella. Como en el cuarto, tampoco en el taller se habían hecho cambios durante todos aquellos años. Todo seguía tal como yo lo recordaba, pues allí sí que me dejaban entrar, aunque mamá Laura siempre me insistía en que no tocase nada. Sin embargo, quizá porque lo miraba con otros ojos, por primera vez vi aquel lugar como lo que realmente era: un espacio abandonado que nunca más recuperaría la vida que en otro tiempo tuvo.

Por eso me pareció triste el olor a madera seca y a resina que todavía flotaba en el aire, un aroma que parecía el único elemento empeñado en permanecer vivo en aquel recinto.

Había tablas de diversos tamaños arrimadas a las paredes o amontonadas en el suelo, oscurecidas por el paso de los años y cubiertas de polvo. Allí seguían las máquinas, la sierra circular, la cepilladora, el torno..., paradas y sin vida desde hacía tanto tiempo. Y también el banco de trabajo que tanto me gustaba, próximo a la pared en la que estaban las herramientas, que continuaban colgadas u ordenadas en los estantes: los cepillos, el escuadro, las trenchas de distintas formas y tamaños, los martillos, las sierras que me asustaban de pequeña, el berbiquí, las tenazas, los destornilladores... Y los botes de pintura, todos inservibles por el paso del tiempo, pero que seguían donde siempre habían estado, al lado de brochas y pinceles resecos, y de las botellas con restos de barniz y aguarrás.

Pronto localicé las cajas de las que había hablado mi madre. Eran de forma rectangular, hechas de madera clara atravesada por vetas oscuras que todavía guardaba restos del aroma que debió de haber tenido cuando la cortaron. Cada una tenía su tapa, que se abría desplazándose por dos rebajes laterales, como si fuera una puerta corrediza. Parecían idóneas para lo que las necesitaba, así que subí al cuarto dos de ellas y me dispuse a llenarlas con lo que encontrase en los muebles.

Comencé por la cómoda, que tenía una puerta estrecha a cada lado y tres anchos cajones centrales. Hasta ese momento, como el barniz le daba a la madera un intenso color oscuro, no me había fijado bien en lo trabajada que estaba, con unas guirnaldas de hojas talladas en los contornos de puertas y cajones. Era la primera vez que los abría, y solo entonces, al sostener aquella madera compacta y pesada, fui consciente de la singularidad de aquel mueble que parecía hecho con la voluntad de durar hasta el fin de los tiempos.

Los espacios laterales estaban vacíos, y en los cajones solo encontré camisas y jerséis. Todos desprendían un intenso olor a alcanfor, una de las obsesiones de mamá Laura; iba a tener que dejarlos abiertos durante un tiempo antes de guardar allí mis cosas. Después continué con el armario, en donde había un abrigo y una zamarra, dos trajes grises y algunas chaquetas. También encontré varios pantalones y monos azules de trabajo, así como diversos pares de botas y zapatos.

Mientras recogía las piezas lo mejor que podía y las iba colocando en el interior de las cajas, me preguntaba qué sentido tenía guardar la ropa de una persona que había muerto hacía tantos años, una ropa que nadie vestiría nunca más. Ahora que lo pienso, desde la distancia,

entiendo la decisión de mamá Laura, que de aquella manera quizá luchaba contra el avance imparable del tiempo. Y supongo que mi madre lo único que pretendía era prolongar aquella voluntad de la abuela.

Una vez que lo guardé todo, fui a la galería y busqué la bolsa con bolas de alcanfor que me había indicado mi madre. Metí algunas dentro de cada caja, para evitar los efectos devastadores de la polilla. Después, las subí al desván y las dejé arrinconadas entre otros varios objetos inútiles, con conciencia de que era lo mismo que condenarlas al olvido para siempre.

Cuando bajé otra vez al cuarto, dispuesta a limpiar bien con una bayeta el interior de los muebles, descubrí que ya iban a dar las doce. Aurora aparecería en cualquier momento, debía prepararme para ir a la playa. Agradecía no tener que continuar, y más cuando me asomé al balcón y sentí en la cara el agradable calor del sol. La limpieza bien podía quedar aplazada unas horas más.

Cuando Aurora y yo llegamos a la playa, casi toda la panda ya se había reunido en el lugar acostumbrado, al lado de las dunas. También estaba Daniel, hablando con Ana y con su prima, y noté cómo se le iluminaba la cara al darse cuenta de mi llegada. Yo también me alegré de verlo, aunque disimulé y lo saludé como si no tuviese ningún interés especial; seguro que ya había ido a la playa en el mes de julio, porque tenía un bronceado que lo hacía todavía más atractivo de lo que me había parecido el día anterior. Me quité la ropa y extendí la toalla para ponerme al sol. Aquel día me había puesto un bikini rojo, que me queda muy bien, y pronto comprobé que Daniel no me quitaba ojo en ningún momento. Cuando Iria y Ana se levantaron para bañarse, él cogió su toalla y la colocó al lado de la mía.

Se tumbó a mi lado y comenzó a hablarme. Casi todo lo que me decía eran preguntas encubiertas sobre mis gustos, como si quisiera obtener de mí toda la información que pudiese. Me sentía halagada, lo reconozco, pues sabía muy bien que él no hacía nada por disimular el interés que sentía. No tardé en decidir que yo iba a actuar igual, pues también a mí me empezaba a gustar aquel chico. Aparte de su nombre, poco más sabía de él, pero no había podido evitar sentirme atraída por Daniel desde el primer momento. Así que no le oculté lo mucho que me gustaba tenerlo a mi lado, tan pendiente de mí. La

mañana se nos fue entre baños y charlas cada vez más animadas, con la ilusión de saber que teníamos por delante un mes entero para estar juntos.

Llegué a casa casi al mismo tiempo que mis padres. Después de comer, subí a mi cuarto con la intención de echar una cabezada. Había dormido poco la noche anterior y ahora, entre el sol y la comida, estaba que me caía de sueño. Cerré las ventanas del balcón y las contras, aparté la ropa que había dejado en la cama y no tardé nada en quedarme dormida.

Me desperté de súbito, con el cuerpo en tensión, como si algo inesperado fuese a ocurrir y un sexto sentido me avisase de algún peligro inminente. Traté de abrir los ojos, pero me sentía incapaz de hacerlo, era como si los párpados soportasen un peso infinito; no podía abrirlos, pero tampoco me atrevía, porque mi cerebro acababa de darse cuenta de la inquietante causa de mi despertar. Había alguien sentado en mi cama, podía notar la presión que ejercía su cuerpo sobre el colchón, a escasos centímetros de mi mano izquierda. No, no estaba soñando, como me confirmaban los latidos desbocados de mi corazón. Había alguien allí, vigilando mi sueño, mirándome mientras dormía. Quería apartar mi mano hacia otro lado, pues la idea de que aquel ser desconocido me la rozase con la suya me producía el mayor de los espantos; pero, por más que lo intenté una y otra vez, no pude moverla, ya que el miedo me paralizaba por completo.

Durante muchos minutos estuve luchando por abrir los ojos, pero las órdenes que enviaba mi cerebro no obtenían respuesta. Intentaba comprender dónde estaba y qué me ocurría sin ningún resultado. Recuerdo bien que, en un momento dado, mi miedo aumentó todavía más, pues a todo lo anterior se le unió una angustiosa sensación de ahogo, de que me faltaba el aire necesario para respirar.

Después de no sé cuánto tiempo, conseguí abrir los ojos. En la cama no había nadie; pero yo sabía que, quienquiera que hubiese estado allí, acababa de levantarse hacía tan solo unos instantes. Palpé el lugar donde antes había sentido la presión, pero la colcha estaba tan fría y lisa como en el resto de ella. Desconcertada, me senté en la cama y miré el reloj, que marcaba las seis y media. Sabía que lo que me había hecho despertar había sido una sensación de peligro, así que me puse en guardia, en silencio, mientras mis ojos recorrían vigilantes el

espacio en penumbra que me rodeaba.

No tardó en imponerse la extraña sensación que ya conocía de la noche anterior: volvía a tener la certeza de que no estaba sola, de que había alguien conmigo en el dormitorio. Alguien que había vigilado antes mi sueño y que espiaba mis movimientos, sin que yo pudiese huir de aquella mirada que parecía penetrar hasta lo más hondo de mí.

Sin pensarlo, salté de la cama y corrí al balcón. Abrí de golpe las contraventanas y los ventanales. El aire y la luz entraron de repente, como si llevasen horas retenidos detrás de la madera y de los cristales. Con la espalda apoyada en los hierros del balcón, miré hacia el interior del dormitorio. Nada. En el cuarto no había nada más que los muebles y los objetos que ya conocía.

Era ridículo lo que me estaba pasando. Yo misma me daba cuenta de que cualquiera que me viese desde fuera se reiría de aquella paranoia mía, que me obligó a mirar otra vez debajo de la cama y, ahora sí, también en el interior del armario. ¿De qué tenía miedo, quién podía haber allí? Aunque me resistía a pensarlo, no podía evitar que algunas ideas absurdas rondasen por mi cabeza. ¿Estaba teniendo miedo del espíritu de un muerto que no veía con agrado la ocupación del que había sido su cuarto? ¿Acaso podía haber idea más ridicula?

Me vino a la memoria algo que había leído (o escuchado, ya no lo recordaba bien) hacía algún tiempo. En algunos lugares existía la creencia de que el espíritu de una persona muerta, antes de pasar definitivamente a la otra vida, se quedaba un año entre nosotros, como si se resistiese a abandonar a sus seres queridos. Hacía apenas un año que la abuela había muerto. ¿Cabía la posibilidad de que yo, que había estado tan unida a ella, percibiese la sombra de su presencia? Pero no podía ser mamá Laura; tendría que sentirla también en otros lugares de la casa, y eso no me pasaba, solo ocurría cuando estaba en el dormitorio. ¿Y el tío Ramón, aquel hombre que para mí era solo una imagen perdida en las viejas fotografías? No podía ser, eso sí que era ridículo; hacía ya muchos años que había muerto y su alma tenía que haber abandonado este mundo antes de que yo naciese.

En estos pensamientos estaba cuando me llegó de abajo la voz de Aurora hablando con mi madre. Poco después sentí sus pasos en las escaleras y luego en el pasillo que lleva a mi dormitorio.

—¿Qué tal, dormilona? ¿Acaso no duermes bien por las noches? -me dijo con voz alegre en cuanto abrió la puerta. Después echó una ojeada alrededor y añadió-: ¡Qué cuarto más bonito! ¡No te quejarás, has salido ganando con el cambio!

Mientras hablaba conmigo y me pedía que no tardase en arreglarme para salir, no dejó rincón del cuarto sin explorar: la vista desde el balcón, el armario, la biblioteca, la mesa... Yo también la observaba a ella, en busca de alguna expresión de extrañeza en su rostro. Incluso la dejé sola mientras me fui a duchar, era la ocasión ideal para comprobar si había algo objetivo en mis reacciones. Pero cuando volví del cuarto de baño, Aurora estaba tumbada encima de la cama, tan alegre y despreocupada como cuando había entrado. Si algo había en el cuarto, sabía bien cómo ocultarse cuando le convenía.

Todavía tardé un poco en arreglarme con la ayuda cómplice de Aurora, que solo perdió la paciencia ante mi interminable alisado de pelo. Pero Daniel me había prometido por la mañana que se reuniría con nosotros en la plaza y yo quería que me encontrase bien guapa. Para vestirme, elegí una camiseta azul claro y un pantalón vaquero. Me puse después unas zapatillas blancas y, por si acaso, cogí la cazadora; a aquella hora todavía hacía calor, pero sabía que por la noche, cuando regresase, iba a refrescar bastante.

Pasamos el resto de la tarde en la cafetería de la plaza. Daniel había cumplido su palabra y estaba allí, acompañado por otro amigo suyo. Me senté a su lado y, aunque apenas tuvimos unos pocos momentos para hablar entre nosotros, me sentía feliz solo con tenerlo allí, a mi lado, pendiente de cualquier palabra que le dijese.

Aurora tuvo que volver más temprano, pues aquella noche sus padres habían invitado a unos parientes suyos que vivían en Bilbao; pero yo me quedé hasta que la reunión se deshizo, ya cerca de las once. Daniel se había ofrecido antes a acompañarme, cosa que acepté encantada. La distancia era poca: desde el centro de! pueblo, donde estábamos, habrá poco más de un kilómetro. El último tramo puede hacerse por la carretera o se puede atajar por un sendero estrecho que sube casi en línea recta. De noche, Aurora y yo siempre evitábamos el atajo, pues está muy poco iluminado, pero ese día me metí por él; ya se había hecho tarde y quería llegar cuanto antes. Además, yendo con mi nuevo amigo no tenía por qué tener miedo.

Cuando ya estábamos a poca distancia de casa, en un lugar mucho

más oscuro por la presencia de dos castaños que crecen a la vera del camino, Daniel se detuvo y, cogiéndome por la cintura, me condujo suavemente hasta quedar apoyada en el tronco de uno de los árboles. Después, sin decir palabra, me rodeó con sus brazos y me besó en los labios. Al principio me quedé sorprendida, pues no esperaba una reacción así, aunque mentiría si dijese que me desagradó. Sin pararme a pensar en lo que hacía, yo también lo abracé y le devolví el beso, un beso largo como los que había aprendido a dar con Fran.

Al separarnos, noté que me ardía la cara, debía de estar colorada como un tomate; era una suerte que el lugar estuviese oscuro y Daniel no pudiese verme así. El resto del camino lo hicimos cogidos de la mano, en silencio. Nos despedimos en la cancela de la casa, sin saber bien qué decir después de lo sucedido, aunque los dos insistimos en la promesa de que nos veríamos al día siguiente. Cuando atravesé el jardín, antes de abrir la puerta, me volví y vi que Daniel seguía parado al lado de la cancela, sin dejar de mirarme. Le mandé un beso con la mano y entré en casa, desconcertada y feliz. Por suerte, mis padres estaban hablando en la sala y no comentaron nada especial, ni de la hora ni del sofoco que traía, un sofoco que achaqué al regreso apresurado que había hecho. Lo que menos me apetecía en aquel momento era tener que ponerme de charla y soportar las historias de mi padre, así que tomé la cena fría que me habían dejado en la cocina y después, pretextando que me encontraba cansada, subí a mi cuarto. Deseaba estar sola, revivir una y otra vez aquella primera tarde feliz de mis vacaciones.

6

AUNQUE no quería dejarme llevar por fantasías sin sentido, confieso que entré en el dormitorio con un poco de recelo. Así que, nada más cerrar la puerta, me detuve en medio del cuarto durante algún tiempo, con el temor de volver a experimentar la misteriosa sensación que había tenido por la tarde. Pero muy pronto comprobé con alivio que no notaba nada raro y que allí, estaba bien claro, no había ninguna presencia fantasmal esperándome.

Faltaban pocos minutos para la media noche, pero apenas tenía sueño. No solo por la siesta que me había echado, sino porque lo que me acababa de pasar con Daniel me había dejado toda excitada y llena de energía. No quería ni pensar en acostarme y tampoco me apetecía leer; así que aquel era el momento ideal para hacerle caso a mi madre y guardar de una vez todas las cosas que había traído.

Sobre la mesa estaban las bayetas que había ido a buscar el día anterior. Cogí una y decidí comenzar por las puertas y cajones de la cómoda, aunque allí poco trabajo había; se notaba que la abuela debía limpiar los muebles a menudo. Cuando acabé, me puse a hacer el mismo trabajo por dentro del armario. Era un mueble de dos cuerpos, separados por un tabique central; el de la izquierda solo tenía estantes abajo, pues era la parte destinada a colgar chaquetas y abrigos; el de la derecha, sin embargo, estaba todo dividido, con varios cajones en la parte de abajo y estantes en la de arriba. Limpiarlo bien me iba a llevar un poco más de tiempo.

Al poco de comenzar, reparé en un hecho que me llamó la atención: el techo interior del armario, en el cuerpo de la izquierda, parecía estar más bajo de lo que le correspondía. Si abrías cada una de las puertas por separado, era difícil notar la diferencia. Pero cuando abrí las dos a la vez y me separé para ver el conjunto, al momento confirmé que el de la izquierda bajaba más de una cuarta respecto del otro. ¿Qué sentido tenía aquella falta de simetría?

Intrigada, arrimé una de las sillas y miré la parte superior del mueble, que estaba recubierta por viejas hojas de periódicos. Eso no me llamó la atención, pasaba lo mismo en las otras habitaciones; era una manía de la abuela para proteger la madera del polvo que se acumulaba con el tiempo. Después de apartar todos aquellos papeles, fui golpeando con una mano en la madera de arriba, mientras mantenía la otra

apoyada en las tablas por dentro del armario. Me quedé asombrada al ver confirmado lo que ya había sospechado: ¡las tablas no eran de la misma madera, cada una de mis manos estaba tocando un techo diferente! Existía un espacio oculto entre ellas y, a juzgar por los distintos sonidos que obtuve golpeando con los nudillos aquí y allá, había algo guardado en aquel sorprendente escondite.

Mi corazón empezó a latir con fuerza y sentí que se me disparaba la imaginación ante el misterio que tenía delante. ¿Cómo podría acceder a aquella especie de cámara secreta? Después de pasar algún tiempo palpando las tablas sin ningún criterio, decidí examinar de manera minuciosa el techo del armario. La parte de fuera la abandoné muy pronto, porque allí la madera ofrecía tal solidez que solo podría romperla a golpe de martillo. Y la parte interior, formada por cuatro tablas perfectamente encajadas, aparecía tan lisa y uniforme como si fuese de una sola pieza.

Me senté en la cama un momento para recuperar fuerzas. Y entonces, cuando menos lo esperaba, volví a sentir la presencia invisible. La sorpresa y el temor se apoderaron de mí, dejándome sin capacidad para reaccionar. Allí estaba otra vez, vigilándome de cerca y recordándome de quién era la habitación. Quizá, pienso ahora, no se había ido en ningún momento, y yo solo notaba su proximidad cuando aquella fuerza lo consideraba necesario.

Como si un impulso extraño me guiase, me levanté de súbito y volví a examinar minuciosamente el interior del mueble. El hecho de mantenerme activa tenía la virtud de liberarme de la opresión que sentía, como si tener la mente ocupada fuese un antídoto contra la inquietud. Y entonces fue cuando descubrí un pequeño rebaje en el extremo del listón más cercano a la puerta. Metí los dedos en él y, haciendo fuerza hacia la derecha, conseguí que la tabla se deslizase horizontalmente, dejando ai descubierto un hueco de anchura suficiente para poder meter el brazo.

A tientas, exploré aquel espacio que acababa de descubrir. Mis dedos pronto tocaron algo duro. Cuando conseguí extraerlo, vi que era una carpeta de cartón azul llena de papeles, vieja y gastada por el uso. La dejé encima de la cama y continué con mi exploración. Había más cosas, que fui sacando y dejando también sobre la cama. Solo me detuve cuando, después de palpar una y otra vez hasta el más pequeño rincón, estuve segura de que allí dentro ya no quedaba nada.

Fue entonces cuando reparé en que me había desaparecido la opresión que aquella presencia me producía. Desde la distancia, me es difícil reproducir lo que sentí en el momento, exaltada como estaba; pero recuerdo que asocié aquella ausencia con mi descubrimiento: ya no necesitaba permanecer allí, la misión de encaminar mis pasos hacia el espacio secreto del armario estaba cumplida.

Me dispuse entonces a examinar todo lo que había encontrado. Además de la carpeta, tenía delante un pequeño estuche de madera repleto de fotos, y un fajo de cartas atado con una cinta azul. Había también un pequeño cuaderno con tapas de hule, del tamaño de una agenda de bolsillo, y varios ejemplares de diferentes revistas con nombres que me sonaban de haberlos oído en las clases de literatura gallega: *Nós, Ronsel, Galiza*... Todas estaban publicadas a finales de los años veinte o a comienzos de los treinta. Las más atractivas eran los seis números de *Ronsel,* sobre todo por las maravillosas ilustraciones que contenían. Con gran sorpresa descubrí que en uno de ellos estaba el poema **EU SON**, la composición de Manuel Antonio que tanto me había llamado la atención cuando la vi en el libro de texto, un caligrama que jugaba con la forma de la rosa de los vientos y que yo había reproducido en el ordenador empleando letras de diferentes colores.

En un primer momento tuve el impulso de salir corriendo y llamar a mis padres. Pero ya era tarde, seguramente estarían acostados, y no tenía sentido despertarlos para enseñarles aquellos papeles, algo que bien podía hacer por la mañana. Además, sentía que aquel descubrimiento era mío y que, de algún modo, me correspondía a mí examinar todo lo que el tío (porque tenía que ser él; ¿quién si no?) había escondido en aquella cámara secreta.

Decidí comenzar por la caja de fotos. Unas pocas me resultaban conocidas, ya que las había visto en los álbumes que conservaba la abuela, pero la mayoría eran nuevas para mí. En varias estaba también mi madre, de niña y de joven. Me fijé especialmente en una en que mamá, con un asombroso parecido conmigo, aparecía sentada en una piedra al lado del tío, ya mayor. Alguien había escrito la fecha por la parte de atrás: «16 de agosto, 1968». ¿Qué edad tendría por aquel entonces mi madre?

La mayor parte de las fotos correspondían a los años en que el tío era joven. Había muchas en las que estaba con otros hombres, seguramente amigos suyos, pues algunas caras se repetían más de una

vez. En otras figuraba entre un numeroso grupo de personas, la mayoría hombres trajeados, debían de ser fotos colectivas de alguna asociación; a veces me costaba reconocerlo entre tantos rostros que me miraban desde el pasado, pero siempre acababa por identificarlo. También había algunas con el tío retratado entre un grupo de niños, semejantes a las típicas fotos escolares que había visto en libros y revistas. Sin embargo, las que más me llamaron la atención fueron las que descubrí metidas dentro de un sobre, en el fondo del estuche. En ellas aparecía el tío con una mujer joven, bonita como pocas veces había visto, paseando por la calle o sentados en la terraza de algún bar. También había algunas en las que la mujer estaba sola, fotos de cuerpo entero de las que se acostumbraba a hacer antes. Salvo una, que era la mayor y como de estudio, con el rostro de la misma mujer en primer plano. Al darle la vuelta, descubrí que tenía una dedicatoria: «Para mi querido Ramón, con quien quiero compartir la vida entera. A Coruña, mayo de 1935». Y a renglón seguido una firma con el nombre de Sara. ¡Sara, mi nombre! El tío y aquella mujer habían sido novios, eso parecía evidente. Sin embargo, por lo que yo sabía, el tío Ramón no se había casado nunca. ¿Qué había sido de aquel amor?

Mi asombro no hacía más que aumentar. No solo por el descubrimiento de aquella relación de la que nada conocía, sino por el hecho de que la mujer de las fotos se llamase igual que yo. O yo igual que ella, mejor dicho. Le había preguntado muchas veces a mi madre por qué me habían puesto Sara, y no Cristina, como ella. «Eso que te lo cuente tu abuela, fue la que se empeñó en que te llamases así», me había contestado. Y se lo había preguntado, claro que lo había hecho, y mamá Laura me dijo que ese era el nombre que más le gustaba de todos y que ya se lo había querido poner a mi madre, aunque había desistido por la oposición de su marido. Pero ahora, después de lo que acababa de descubrir, ya no sabía qué pensar. Y lo peor era que ya no estaba la abuela para preguntarle si había alguna relación entre mi nombre y el de aquella mujer de ojos claros que me miraba desde la foto.

Intrigada, cogí el paquete de cartas, intuyendo lo que iba a encontrar. Eran, tal como me confirmaron los remites de los sobres, cartas que aquella mujer, Sara Salgueiro, le había escrito a mi tío. Por el matasellos comprobé que aparecían ordenadas cronológicamente. La primera tenía la fecha del 2 de septiembre de 1932. Al principio estaban más espaciadas en el tiempo, una cada diez o quince días, pero pronto pasaban a ser semanales. La lectura de las primeras me confirmó que lo que tenía entre las manos era una serie de cartas de

amor. Sumergirme en ellas fue como hacerlo en una novela rebosante de vida, aunque solo me llegase la voz de Sara, pues faltaban las cartas que el tío le había escrito, a las que ella hacía referencia en múltiples ocasiones. Me daba pudor leer las expresiones de cariño que contenían, me parecía que estaba desvelando secretos que solo pertenecían a aquellas dos personas. Pero pudo más la curiosidad y continué leyéndolas, quería saber más de unas vidas que, después de tantos años, llegaban a mis manos por azar.

(...)

¡Qué largos se me hacen los días sin ti! Los cuento uno por uno, los tacho en el calendario y cuando despierto por las mañanas, lo primero que hago es restar uno, convencerme de que ya queda menos para que vengas. Claro que más largas se me hacen las noches, pues, aunque retraso cuanto puedo la hora de acostarme, el sueño tarda horas en vencerme. En esos momentos, mientras estoy en la cama, repaso una y otra vez las palabras que me dijiste el día anterior a tu marcha, resguardados entre las rocas de la plaza del Orzán. Ellas son las que alimentan la llama de mi amor y me ayudan a soportar tu ausencia.

¿Cómo voy a olvidar la confesión de que todos los años de tu vida habían sido una preparación para el día en que nos conocimos, aquel doce de mayo que yo también recuerdo con especial emoción? Aunque las palabras que repito un día sí y otro también son las que me dijiste después de besamos por primera vez: «Cualquier hombre se ahogaría en el azul de tus ojos», es lo más bonito que nadie me ha dicho nunca.

Recuerdo tus palabras, pero todavía me acuerdo más de tus besos. Me gustaría que estuvieses ahora aquí, a mi lado, y pudieses estrecharme entre tus brazos, para besarnos así hasta perder la respiración. Te lo he dicho muchas veces, pero nunca me cansaré de repetirlo: quiero amarte siempre, desde la mañana a la noche, todos los días de mi vida.

Escríbeme pronto, pues deseo saber todo lo que te pasa cada día. Me sirve para imaginar que estoy contigo, que camino a todas horas junto a ti. Bien sé que tú también te acuerdas de mí, pero me gusta que me lo digas, porque cuando se quiere como yo te quiero, hay frases que el corazón no se cansa de escuchar. O de leer, como me pasa con tus cartas. ¿Cómo no voy a ser feliz? ¿Acaso hubo alguna vez una mujer que hubiese conseguido un amor tan grande como el tuyo?

De este tono eran todas las primeras cartas, tan llenas de vida como si

se acabasen de escribir ahora mismo. Me emocionaba lo que leía, la pasión que desprendían las palabras. Y también me daban envidia, pues no sabía si alguna vez llegaría a vivir un amor tan fuerte como el que aquellas cartas reflejaban. Pero no solo había palabras de amor; también hablaban mucho de literatura, sobre todo de poesía, que a los dos debía de entusiasmarles. En una de las cartas descubrí, sin querer, a quién pertenecía el poema que había robado la otra noche en la biblioteca del tío.

(...)

Me preguntas si he leído los libros que me regalaste en Navidades. Si te tuviese a mi lado, al momento comprobarías cómo no solo los he leído, sino que incluso podría recitártelos enteros en voz alta. La rosa de cien hojas *me ha parecido extraordinario, creo que son los poemas de amor más hermosos que nunca he leído en gallego. Ya ves que te envío la copia de mi preferido, «Aún en mis labios arde», para que puedas llevarlo contigo en la cartera. Aunque fuese Ramón Cabanillas quien lo escribió, ahora ya me pertenece también a mí. Por eso te lo envío, para que sus palabras vayan siempre próximas a tu corazón.*

Sin embargo, el libro que no soy capaz de dejar es Veinte poemas de amor y una canción desesperada, *de Pablo Neruda, ese joven poeta que yo no conocía. No había leído nada de él, pero me parece extraordinario, y más cuando pienso que no tenía siquiera veinte años cuando lo escribió. ¡Qué diferencia con tantos versos sin vida que otros publican, inflados y vacíos como pompas de jabón! Los de este hombre no; estos tienen la fuerza y ¡a belleza del mar embravecido. A veces voy recitando en voz baja por la calle alguno de sus poemas, porque quisiera poder contagiarme de la pasión y de las ganas de vivir que hicieron que brotasen unos versos así.*

Había además múltiples referencias a su trabajo, otra de las sorpresas que las cartas me reservaban. Así fue como descubrí que Sara Salgueiro era maestra, lo mismo que mi tío (¿cómo es posible que nunca nadie me hubiese hablado de eso?). Ella le contaba lo ilusionada que estaba ante la perspectiva de comenzar a dar clase y le pedía al tío que le comentase cómo le iba en su escuela de Cervo (¡el tío había sido maestro de Cervo! ¿Por qué mi madre nunca me lo había dicho?). En una de las cartas, se me puso un nudo en la garganta al leer los planes que Sara hacía para el futuro:

(...)

Pienso en los años que vamos a pasar juntos y bendigo la suerte de poder vivir en esta etapa tan cargada de esperanza. Porque somos nosotros los que vamos a formar a los niños que construirán un país diferente. Una Galicia que acabe con los caciques que todo lo controlan, una tierra de la que ya no haya que emigrar, un país de hombres y mujeres que construyan en libertad su destino.

Cuando nos casemos, tenemos que solicitar una escuela cerca del mar, una escuela que podamos llenar de geranios y rosales, una escuela con grandes ventanas para que la brisa y la luz lleguen hasta el más pequeño rincón. Allí les transmitiremos a nuestros alumnos todo lo que tú y yo tuvimos la suerte de aprender. Sin miedos, sin imposiciones, porque enseñar también es un acto de amor. Vivir contigo y trabajar contigo. ¿Cabe otra dicha mayor? Cuento los días que faltan, querido Moncho, para que estos sueños puedan hacerse realidad. Me da igual cambiar de provincia, mañana mismo dejaría la escuela de Santa Cruz y me iría a la de Cervo si pudiese. Aunque sería mejor que estuviésemos cerca de Coruña, porque a los dos nos gusta participar en la vida cultural, y aquí podemos seguir en contacto con toda la gente que conocemos de las lrmandades.

(...)

En otras cartas, aquella Sara hacía referencia a acontecimientos políticos y a personajes que me sonaban, por haber oído sus nombres en las clases de Historia y de Literatura -las Misiones Pedagógicas, la campaña del Estatuto de Autonomía, Castelao, Lois Peña Novo, Vicente Risco, Manuel Azaña, Casares Quiroga... -, aunque no sabía bien dónde situarlos. Me sorprendía comprobar cómo la vitalidad y la energía que desprendían sus palabras me llegaban intactas a través del tiempo. Y siempre, mezcladas con otros asuntos, las palabras de amor arrebatado, tan hermosas y auténticas que llegué a sentir envidia de aquella mujer desconocida, capaz de reflejar en sus cartas todo el cariño que sentía.

Las últimas cartas, las del año 1936, eran distintas. Aunque las manifestaciones de amor seguían presentes, y se detallaban en ellas los proyectos que hacían para casarse cuando acabase el curso, era fácil percibir una mezcla de desasosiego y temor por los acontecimientos que estaban ocurriendo en Galicia y en toda España.

Julio debió de ser un mes terrible, porque las palabras de Sara no transmitían más que desesperación y angustia. La última tenía fecha de agosto de 1936. Era un escrito dramático e intranquilizado que me dejó el corazón encogido, a pesar de saber que lo que estaba leyendo se refería a sucesos ya perdidos en la historia y que aquella mujer, lo mismo que mi tío Moncho, seguramente ya había dejado este mundo hacía muchos años:

(...)

... y hace ya más de dos semanas que no sé nada de ti. Por aquí las cosas están tan mal que me resisto a contártelas, no quiero que te preocupes más de lo que ya estarás. Los sublevados tienen ahora todo el poder, y no quieren dejar en pie nada que no se ajuste a su concepción del mundo.

Temo por tu vida, como también temo por la mía. Para ellos, ya sabes que, además de "rojos", somos "separatistas", así es como nos llaman. Uno solo de esos cargos ya es suficiente para que nuestra vida no valga nada, así que ya puedes imaginar lo que harán con las personas que reunimos los dos. Si a esto le unes el odio tan grande que nos tienen a los maestros, comprenderás que no pueda apartar de mí la idea de que mis días están contados.

Sé que han preguntado por mí en Santa Cruz, pero por ahora no saben dónde estoy. Mi familia me envió a esta casa de Carral, con mis abuelos, y aquí estoy, escondida

incluso de los vecinos, porque ya ni sabes de quién puedes fiarte. Pienso que es cuestión de semanas, o de días, tampoco es tan difícil seguir mi rastro. A María Prieto, la maestra de aquí, de Carral, la dejaron baldada a palos y le cortaron el pelo al cero; después, la llevaron por la calle atada con una cuerda, como si fuese un animal. Y aún tuvo suerte, pues pudo salvar la vida; claro que ya me dirás cómo se puede vivir después de una humillación así. Por aquí también aparecen hombres asesinados en las cunetas, un día sí y otro también. Los dejan en Carral, pero proceden de otras parroquias, aunque se acaba sabiendo quiénes son. Toda gente inocente, su único delito fue defender la legalidad y los avances de la República. Pero ellos acaban con todo lo que se les pone por delante, parecen empeñados en exterminamos hasta que no quedemos ninguno. Acabo de saber que han hecho lo mismo con Ángel Casal, nuestro alcalde galleguista de Santiago, quizá ya te ha llegado la noticia. ¡Un hombre tan

bueno y tan íntegro!

A través de Carmiña, la maestra de Oza, he sabido que no estás ni en Celeiro ni en Cervo, pero no sé dónde puedes encontrarte ahora. Por no saber, ni siquiera sé si llegarás a leer esta carta. Pero te la escribo igual, porque quizá sea la última que te pueda mandar. Estoy en contacto con un grupo de personas (la mayoría son de Coruña, pero también hay algunos de la parte de Ferrol) que están preparando una huida a Buenos Aires, uno de los pocos sitios donde estaríamos seguros. Si todo va bien, saldremos dentro de unos días desde el puerto de Coruña, escondidos en un barco pesquero que nos trasladará a Brest. Desde allí, cogeremos un barco que viaja a Argentina. Por eso quisiera saber dónde estás y qué piensas hacer. Les he hablado de ti, y todavía sería posible que te sumases a la expedición. Pero si tardas en leer estas líneas, y nosotros conseguimos huir, haz lo posible por entrar en contacto con la colonia gallega de Buenos Aires cuando esta pesadilla acabe. Allí estaré, esperándote. Esperándote siempre, con los versos de Neruda en mi corazón:

Aquí te amo y en vano te oculta el horizonte.

Te estoy amando aún entre estas frías cosas.

Pero la noche llega y comienza a cantarme.

Me miran con tus ojos las estrellas más grandes.

Después de leer la última línea, busqué inútilmente otras cartas posteriores, pero ya no había más. Era como una narración interrumpida, que me dejó con la cabeza llena de preguntas para las que no tenía respuesta. Debía de ser ya muy tarde, pero el sueño se me había ido; era incapaz de dormir después de lo que acababa de leer. Solo tenía ganas de encontrar las otras piezas de la historia de aquellas vidas, así que me puse a examinar los demás papeles que había descubierto.

7

REVISÉ después la carpeta. Dentro de ella había diversos artículos recortados de periódicos y revistas, todos con fechas de los años treinta, así como cartas de otras personas con las que mi tío mantenía correspondencia. Leí algunas por encima. Hablaban de asuntos muy variados: la preparación de un viaje en el que dos de ellas pensaban recorrer Galicia entera, las actividades que desarrollaban las Irmandades da Fala, problemas del trabajo escolar, polémicas sobre política o literatura... A través de ellas, la imagen de aquel familiar distante cobraba una dimensión nueva, que venía a completar la que ya había intuido en las fotos: una persona que vivía con pasión su tiempo, comprometida con todo lo que ocurría a su alrededor. Pero los que me interesaban en aquel momento eran otros datos que allí no había.

Las dejé de nuevo en la carpeta y cogí el cuadernillo de tapas de hule. Sus hojas, rayadas, estaban llenas de anotaciones hechas a lápiz, escritas todas con letra pequeña y comprimida, como si se quisiese aprovechar al máximo el escaso espacio de que se disponía.

Solo necesité leer las primeras líneas para darme cuenta de que estaba ante una especie de diario. Me llevó un poco más de tiempo descubrir la terrible realidad que tenía entre las manos: aquel cuaderno se había escrito en la cárcel, y lo que contenía eran textos que el tío había ido anotando mientras permaneció en prisión. ¡El tío Ramón había estado preso! Después de las cartas de Sara, no era difícil adivinar las causas de su encierro. ¿Cómo fue posible que nadie me dijese nunca nada?

Las notas del cuaderno eran siempre textos breves, reflexiones que debía de haber hecho a escondidas. El primero, que se iniciaba con el lugar y la fecha (*Isla de San Simón, 18-10-36),* era con mucho el más largo, pues ocupaba casi cuatro de aquellas pequeñas páginas. En él el tío Moncho hacía un resumen de lo que le había pasado desde julio de aquel año hasta el día de octubre que figuraba en la fecha. Aunque estaba escrito con frases cortas, casi telegráficas, me sorprendió su precisión y claridad.

Así fue cómo supe que, después de la sublevación militar de julio contra el gobierno de la República, y tras varios intentos inútiles de comunicarse con Sara, el tío había abandonado su casa, pues un

maestro de Burela con el que mantenía una buena relación había aparecido asesinado en la playa de Area Grande, y él temía ser el siguiente. Se había dirigido a Vigo, donde tenía dos amigos, también maestros, que podían acogerlo en sus casas. Como Vigo estaba cerca de Portugal, pensaba que no sería difícil atravesar el Miño y pasar a la parte portuguesa, más segura en aquellos días. Pero la noche del 29 de julio detuvieron a los tres y los llevaron al Frontón, un recinto en el centro de la ciudad que habían habilitado como prisión, porque los sublevados ya no tenían dónde meter a tanta gente detenida. (*…Una pesadilla. El inmenso suelo de cemento atestado de colchonetas.*

Algunos reciben visitas de familiares, que traen noticias terribles. Cada mañana llega con su cosecha de muerte: en la carretera de Porriño, en la playa de Fontes, en las aguas del puerto, en el barrio de Teis… Vigo convertido en un inmenso cementerio.) Allí había estado casi tres meses, en unas condiciones espantosas, con la angustia de saber que cada noche recibían la visita de los asesinos, un ritual terrible que el tío contaba con objetiva frialdad. Los despertaban (si no lo había ya hecho el ruido del camión en el que llegaban), leían la lista de nombres que traían preparada y se llevaban con ellos a los elegidos de aquel día. Sus cadáveres aparecían a la mañana siguiente en las cunetas de cualquiera de las carreteras próximas a la ciudad. *(Anoche se llevaron a Carlos y a Diego. He llorado hasta el amanecer. Nunca los volveré a ver. Quizá me salvó el hecho de ser de Viveiro, ninguno de los verdugos de aquí me conocía de antes.)* Más adelante, el tío anotaba que los presos del Frontón habían sido trasladados a la isla de San Simón, que comenzó a ser utilizada como cárcel aquel mes de octubre. *(Esa noche pensé que había llegado mi hora. Vinieron a buscamos a las dos de la mañana. Nos llevaron en camiones al puerto de Vigo y nos metieron en un galpón mal iluminado. Nos pusieron contra la pared, los guardias enfrente, apuntándonos con los fusiles. Después nos mandaron embarcar en un lanchón tan lleno que amenazaba con hundirse. Sabíamos que a muchos los mataban y los echaban al mar. Un miedo irrefrenable, la visión de la muerte. ¿Cómo íbamos a saber que nos trasladaban aquí, a San Simón?)*

¡La isla de San Simón! ¿No era aquella pequeña y alargada que se veía desde la autopista, un poco antes de cruzar la ría de Vigo por el puente de Rande? En los viajes que hacíamos a Portugal, estaba ya acostumbrada a que mi padre me la señalase, como hacía con todo lo que él consideraba merecedor de ser visto. Pero siempre pensé que la destacaba por su hermosura, o por la famosa cantiga medieval que me había caído en un examen de literatura, la de aquella joven que espera

inútilmente a su enamorado. Resultaba difícil imaginarla como un campo de concentración en donde había estado preso el tío Moncho.

Las notas posteriores eran todas más breves, a veces solo de un línea o dos, Las fui leyendo con interés creciente, pasando las páginas de forma compulsiva, cada vez más horrorizada ante la terrible realidad que descubría:

Debemos de estar aquí más de mil hombres, amontonados como animales. La comida es escasa, la higiene no existe, pero peores son las continuas amenazas y los malos tratos. Siguen sacando gente por las noches. Cualquier día puede tocarme a mí, otros compañeros maestros ya no están para contarlo. Sin embargo, si lo comparo con el Frontón de Vigo, este lugar podría ser lo más parecido al paraíso.

(...)

Ayer por la noche volvieron los asesinos. Estaba despierto, escuché el motor de la lancha al acercarse. Otros seis compañeros que nunca volveremos a ver. Eran todos de Cangas, marineros de oficio, buena gente. ¿Cómo olvidar la tensión que siento cuando pronuncian los nombres de los invitados al "paseo"? ¿Y cómo olvidar el alivio cuando compruebo que el mío no está en la lista? Ellos son los dueños de la vida y de la muerte; y nosotros, las ovejas que esperamos sumisas el sacrificio.

(...)

Esta noche, cuatro más. Uno de ellos, Miguel de Lavadores, con el que había hecho amistad en el Frontón. Maestro, como yo. ¿Por qué él y no yo? ¿Qué lotería feroz es esta? Al levantarse, me dejó sus cartas. Aquí todos tenemos ya escritas cartas para nuestros seres queridos. Los que sobreviven tendrán que hacérselas llegar. También yo guardo las mías, una para Sara y otra para mis padres. Palabras escritas para que las lean después de mi muerte. ¿Quién dijo que la escritura no era más que la voz de los muertos?

(...)

Entre tanto horror, también está la belleza. Hay horas en que nos dejan pasear por la isla grande, aunque solo por las partes acotadas. En la isla pequeña, en la de Santo Antón, duermen los guardias. Tenemos prohibido

pasar más allá del puente. Y el Paseo de los Bojes, quizá el lugar más hermoso de San Simón, también está acotado para ellos. Pero podemos andar libremente por la orilla del mar, y sentir la brisa en la cara, y contemplar la gaviotas que vuelan por encima de nosotros.

(...)

Hoy he podido ir por primera vez a la isla de Santo Antón. En la parte más extrema hay un muro con unas troneras; se dice que por allí echaban al mar las pertenencias de ¡os apestados cuando esto era un lazareto. Como ahora trabajo en la cocina, me han mandado allí a vaciar un cubo lleno de tripas de conejo. Mi descubrimiento: al lado de las troneras hay un cementerio, un espacio mínimo, rectangular, todo amurallado. Dentro solo hay una tumba, una especie de mausoleo de piedra. Aunque, bajo tierra, quién sabe cuántos muertos reposan. Hay también tres árboles: dos eucaliptos y un boj todavía joven. Entre el mausoleo y uno de los eucaliptos, una piedra hace de asiento natural. He estado allí, solitario como Robinson. Y, por primera vez en mucho tiempo, he sentido un raro sosiego, como si los muros del cementerio preservaran aquel espacio de todo el horror.

(...)

Ayer, por ser Nochebuena, los de las cocinas acabamos muy tarde. Al salir, nos dieron permiso para aireamos. Me senté en las escaleras del mirador. Hacía frío, pero el cielo estaba claro y se veían las estrellas.

«En las noches como esta la tuve entre mis brazos. / La besé tantas veces bajo el cielo infinito.» *¡Cómo le gustaban a Sara estos versos! Qué angustia, no saber nada de ella.*

(...)

Escribo en el pequeño cementerio. Ahora vengo a él siempre que puedo. Aquí me siento otro, no sé qué tiene este lugar. Hay que esperar contra toda esperanza. Quiero creer que algún día saldré de aquí y que podré volver con Sara. Entonces le contaré todo como quien relata una pesadilla nocturna. Y me sentaré aquí con ella, en el único lugar puro de la isla, donde no tiene cabida el espanto.

(...)

Ayer se fueron siete, los trasladaron a la cárcel de Pontevedra. Ojalá sea cierto y no aparezcan en un barranco, como tantos otros. Uno de ellos, Rafael, dormía a mi lado. Cuando lo llamaron, se levantó y me entregó sus cartas. Uno de los guardias vino a quitármelas. Me resistí y me dio un culatazo en la sien. Después rompió las cartas en pedazos. Cuando se fueron, entre varios, recogimos los papeles. Los vamos a pegar, reconstruiremos las cartas; son palabras que no se pueden perder.

(...)

Me duelen los oídos. Un zumbido interno que no cesa, un dolor que me impide dormir. Pero no me arrepiento de lo que hice.

(...)

Hoy he podido volver al cementerio del lazareto, después de vaciar otro cubo de despojos. Y por fin he hecho lo que llevaba planeando desde hacía varios días. Allí queda guardado, en el cementerio de la esperanza. Si me matan, que quede allí para siempre, antes de que se aproveche de él mi verdugo. Y si sobrevivo, volveré a buscarlo con Sara, porque será la señal de que el tiempo de sufrir se acabó.

(...)

A partir de abril de 1937, las notas estaban fechadas en la cárcel de Pontevedra. Lo trasladaron allí porque iban a juzgarlo, algo que mi tío había recibido como una buena noticia:

Voy a tener un juicio y eso me hace estar, momentáneamente, a salvo de los paseos nocturnos. Por otra parte, ¿de qué me pueden acusar? ¿De amor a mi país? ¿De intentar que la superstición y la ignorancia desaparezcan? Solo soy un maestro que quiso hacer su trabajo lo mejor posible.

(...)

Hay otro maestro aquí, Salvador Rei. Es de Moaña. Hemos hecho amistad, hablar nos ayuda a que pasen las horas. Me comenta que este edificio donde estamos es la Escuela Normal, habilitada como cárcel. ¡Qué símbolo de la barbarie!

El juicio se celebró en noviembre de ese mismo año. Tío Moncho fue

condenado a veinte años y un día de cárcel y trasladado a la prisión de León. Las anotaciones de esta época eran cada vez más amargas:

... me acusan de tener ideas separatistas y antirreligiosas. «Así está envenenado el magisterio, con tanto marxismo», dijo el juez cuando me leyó la sentencia. ¡Cuánta falsedad! No hay más que sed de venganza, la injusticia campea como quiere. ¿Qué he hecho, qué hemos hecho? Solo intentar transmitir la cultura, solo desear una sociedad más justa y más libre. ¡Ese es el delito por el que se me condena!

Después de acabar la guerra, en el año 1939, las notas del cuaderno, cada vez más espaciadas, transmitían una atroz desesperanza: *Ya no debe de quedar nadie a quien matar, nadie a quien encarcelar. Ya todo debe de ser un inmenso cementerio, sobre el que pasean felices estos nuevos bárbaros.* Las quejas sobre el frío y la mala alimentación se hacían aquí más frecuentes. Aunque de lo que más se quejaba era del dolor de oídos que arrastraba desde San Simón, que ahora se le había complicado con una inflamación producida por el frío: *Los oídos me supuran cada vez más, en la enfermería no me hacen ningún caso. Las gotas del líquido que me han dado queman como el plomo derretido.*

En las últimas páginas había una nota del 31-9-43, referida a la boda de la abuela, que leí entre lágrimas:

Han dejado que me llegase una carta de mi familia. Laura se casa, se casa con Carlos, el mayor de los de Campos. ¡Me alegra tanto la noticia! ¡Cómo me gustaría estar allí y abrazarlos a todos, especialmente a mi hermana! Pero ni tan siquiera sé si algún día saldré vivo *de aquí. Laura tendrá hijos, y quizá no lleguen a conocerme nunca. ¿Cómo les explicará mi hermana quién fue su tío? ¿Qué pensarán ellos de mí?*

Había aún algunas notas más, pero después el cuaderno acababa de forma abrupta, se veía que alguien había arrancado las últimas hojas. ¿Quién, sino el tío? Quizá las que faltaban eran las palabras más amargas, las que ni tan siquiera él quería volver a leer nunca.

Repasé el cuaderno desde el principio, procurando entender mejor todas las anotaciones, ahora que ya conocía bien las circunstancias en que habían sido escritas. Antes de acostarme, volví a guardar todo donde lo había encontrado. No sé qué hora sería cuando apagué la luz, pero la línea del horizonte empezaba ya a clarear. Mañana

hablaría con mamá y repetiría con ella mi descubrimiento. En el fondo, sabía bien que, más que a mí, era a ella a quien pertenecían todos aquellos secretos guardados durante tantos años.

8

YA ERA MUY TARDE CUANDO MI MADRE VINO A DESPERTARME. ABRIÓ LAS DOS HOJAS DEL BALCÓN Y EN EL CUARTO ENTRÓ UNA LUZ VIVÍSIMA, Y TAMBIÉN UNA BRISA CÁLIDA QUE TRAÍA AROMAS DE HIERBA Y DE VERANO.

—¿Es que piensas dormir todo el día? -preguntó, con un tono de voz más alto de lo habitual-. Está a punto de dar la una, buena hora para levantarse. ¿Ya no te acuerdas de que hoy es el cumpleaños de tu padre?

¡La una! Había dormido casi toda la mañana, después de pasar tantas horas de aquella noche enredada en los secretos de mi descubrimiento. ¡Y me había olvidado de que mi padre cumplía años! ¡Qué desastre!

Mi madre ya se iba, pero se quedó parada al escuchar mi voz:

—Espera un momento. Tengo que contarte algo muy importante.

—¿Qué tienes? ¿Te pasa algo?

Mi madre me miraba desconcertada y noté una sombra de temor en su cara. Le pasa siempre, dice que vive diariamente con el miedo de que nos ocurra alguna desgracia inesperada.

—No me pasa nada, mamá, estoy muy bien -me apresuré a tranquilizarla-. Verás, es que ayer descubrí algo que tenía guardado el tío Moncho.

Sin decir más, me levanté y fui al armario. Mi madre se acercó también, extrañada por lo que le debía de parecer una reacción carente de sentido. Abrí las puertas y después moví la tabla que daba acceso al lugar secreto, procurando que ella no perdiese detalle de lo que yo hacía. Cogí todos los papeles que había guardado unas horas antes y los fui poniendo en las manos de mi madre. Seguía silenciosa, pero le había cambiado el color; ahora tenía la cara pálida y una viva expresión de sorpresa.

—Descubrí todo esto ayer noche, de casualidad. Son cartas y fotos que

guardaba el tío, escondidas en este falso techo. Estuve despierta hasta muy tarde, se me fueron las horas leyendo lo que me pareció más importante; creo que me faltan las revistas y lo que hay en la carpeta. No sé si hice bien o mal, quizá deberías haber sido tú la primera en leerlo todo.

Mi madre me miraba desconcertada mientras mantenía aquellos papeles en sus manos. «No te preocupes, has hecho muy bien», me dijo en voz baja, como si ya mis ojos le adelantasen la importancia del descubrimiento. «Pero ahora debo leerlos yo. »

Cuando bajé a la cocina, mi padre estaba atareado en la preparación de la comida, pues tenía por costumbre hacernos una especial en el día de su cumpleaños. Le di un abrazo cariñoso y lo felicité con mis mejores palabras. Después, mientras calentaba un poco de leche, le conté el descubrimiento de los papeles del armario, y también la reacción de mamá. Mi padre me escuchó con mucho interés, sin interrumpirme en ningún momento. Cuando acabé, salió de la cocina y subió a la galería.

—Me vas a tener que ayudar tú a poner la mesa -me dijo al volver-. Mamá está ocupada examinando lo que le has dado, dice que la avisemos cuanto esté todo listo.

Decidimos comer al aire libre, en la mesa que hay debajo del viejo manzano. Calentaba el sol, pero a la sombra se estaba bien. Preparé la mesa como en los días de fiesta y ayudé a mi padre a trasladar las fuentes y los platos desde la cocina. Había hecho unos volovanes rellenos de gambas y verduras y de segundo merluza con almejas, mi plato favorito. Además, había ido a buscar al pueblo una empanada de vieiras y una tarta de milhojas para el postre.

Mi madre no me comentó nada cuando nos sentamos a la mesa; yo tampoco lo hice, aunque noté muy bien el cambio que había experimentado, a pesar de que durante la comida hizo esfuerzos por mostrarse tan contenta como exigía la celebración. Solo habló lo imprescindible, y casi ni probó el albariño que abrió papá. Era fácil adivinar que su cabeza estaba en otro lugar, o en otro tiempo, pues esta vez no se trataba de los personajes de su novela. Claro que apenas se notó su silencio, pues, fiel a su costumbre, fue mi padre el que no paró de hablar en ningún momento.

Con la tarta, abrió una botella de cava, Yo también lo probé, para acompañarlos en el brindis, que papá siempre gustaba de revestir con palabras solemnes. Poco después, mamá se levantó de la mesa:

—Fernando, si no te parece mal, yo voy a subir otra vez. Quiero continuar con la lectura de los papeles que encontró Sara. No toquéis nada, ya recogeré después yo todo.

—¿No te irás tú también? -me preguntó papá cuando nos quedamos solos-. Si no hay charla de sobremesa, esto no es comida ni nada que se le parezca.

Lo tranquilicé al momento, pues no pensaba irme. Daba gusto estar debajo del manzano, después de haber comido tanto. Además, era la oportunidad ideal para hablar a solas con mi padre. Cuando somos niños, tendemos a creer que el mundo empezó con nuestro nacimiento, y que nuestros padres, y todos los demás, estaban allí, invisibles, esperando nuestra llegada al mundo para echar a andar en la rueda de la vida. Sabía que no era así, sabía que ellos también habían sido jóvenes y habían tenido una vida anterior a la mía. De esa época yo solo conocía datos y anécdotas sobre los que nunca me había detenido a reflexionar. Aquel día, sin embargo, me sentía distinta, quizá por cómo me había impresionado descubrir las vidas que revelaban los papeles y las fotos del armario.

—Papá, ¿puedo preguntarte algo? ¿Cómo eras cuando tenías mi edad?

—¿Tu edad? Déjame pensar, por lo menos tengo que retroceder hasta la era arcaica -seguía con su habitual tono de broma, todavía no se había dado cuenta de que mi interés era auténtico-. Pues un tipo con la cara llena de granos, que pasaba el tiempo intentando sacar en la guitarra las canciones de mis grupos favoritos: Kinks, Beatles, Rolling Stones... ¡Ya no se hace música como aquella, digas lo que digas!

—Eso ya me lo has contado miles de veces. Hablo en serio -le corté-. Dime cómo eras de verdad, qué pensabas por dentro, qué deseos tenías.

Me miró fijamente, sorprendido por mi cambio de tono, Supongo que trataba de adivinar qué había detrás de mis preguntas.

—A ver, déjame echar cuentas, Hoy cumplo cincuenta y dos años, así que estás hablando de 1966. Vivía en Coruña, ya lo sabes. Estudiaba

sexto de bachillerato en el Instituto masculino. Estaba enamorado; ¡qué fuerte me había dado, estaba totalmente loco! Ella se llamaba Marta. Estudiaba en La Compañía de María, fue mi primer amor. Le escribía cartas, la esperaba a la salida, la acompañaba a su casa. ¡Incluso compuse una canción para ella! Pero todo quedó en un amor inocente, a lo más que llegamos fue a cogernos de la mano. Después Marta se marchó a Pontevedra; habían trasladado a su padre y allá se fue toda la familia. Nunca más volví a saber de ella.

—¿Y mamá? ¿Cómo la conociste?

—Eso fue más tarde, en Barcelona, en el otoño de 1971, lo recuerdo bien. Yo había ido a estudiar Económicas; podía haber hecho la carrera en Santiago, pero quería irme de Galicia. Me ahogaba aquí, pensaba que este país nunca saldría del sistema feudal. Por aquel entonces, si no podías ir a Londres o a París, lo que te quedaba era Barcelona. Y allí me fui, con la intención de quedarme para siempre.

—¿Y qué hacía mamá en Barcelona?

—Cristina llegó después, cuando yo ya llevaba tres años en la ciudad. Quería estudiar Diseño en una escuela privada que había allí, entonces era el único sitio de España en el que se podía hacer esa carrera.

—Ya; pero todavía no me has contado cómo os conocisteis.

—¿De verdad que nunca te lo he contado? -a mi padre le brillaban los ojos, y no era solo por el vino que había bebido-. Verás, había un grupo de gallegos, casi todos estábamos en la Universidad, que nos juntábamos los sábados, sin fallar uno. Cenábamos en el Terra Meiga, un restaurante gallego del barrio gótico, y después acabábamos en un bar próximo, alrededor de una queimada. Cuando salíamos de allí, a veces ya estaba amaneciendo.

—¿Ahí fue donde os conocisteis?

—Sí, señora. A Cristina la trajo una noche uno de Viveiro que estudiaba Medicina; un tipo muy gracioso, no sé qué sería de él. Luego fue ya de las fijas, aunque siempre se marchaba a una hora prudencial.

—Y te enamoraste de ella.

—Mujer, a mí me gustaba, pero lo nuestro no fue repentino. Empezamos a quedar algunas tardes, a los dos nos apasionaba el cine y la literatura. Yo no era el más atractivo de aquel grupo, pero mi arma era la de ser el más simpático. Y con tu madre funcionó, conmigo no hacía más que reír. ¿Te he contado ya lo del Drugstore?

—No. ¿Qué es eso?

—El Drugstore era el lugar de reunión de la gente progre; todavía existe, pero ahora no tiene nada que ver con el de antes. Nosotros íbamos porque arriba también tenían una librería, y encontrabas libros que por aquel entonces estaban prohibidos. Un día vimos un tomo con la obra completa de Rimbaud, en francés. De importación, valía una pasta, y tu madre suspiraba por él. Yo, cuando un libro me interesaba, lo mangaba; tenía una habilidad especial, eso ya te lo he contado otras veces. Pero aquel día el vigilante no me quitaba ojo. Y tu madre tampoco me perdía de vista, en esas ocasiones se ponía muy nerviosa. Cuando finalmente salimos a la calle, saqué el libro de debajo del jersey y se lo entregué. ¡Ni siquiera ella se había dado cuenta! Está feo que lo diga, pero en eso era un artista. Y aquel día, gracias a Rimbaud, me gané el primer beso.

—¿Y cómo fue eso de volver a Galicia?

—Eso fue cosa de tu madre; por mí, nos hubiésemos quedado. Yo ya había encontrado trabajo en un pequeña empresa, cerca de la Sagrada Familia, pero ella quería volver. Así que hicimos las maletas y nos instalamos en Coruña. Cristina deseaba montar un taller de diseño, algo insólito por aquel entonces, y A Coruña parecía la única ciudad en la que podía encajar.

Aquella parte ya la conocía, pero dejé que mi padre me la contase una vez más. Él había hecho oposiciones y se había convertido en funcionario de Hacienda. Mi madre había tenido que trabajar horas y horas hasta conseguir abrirse camino en su campo. Tras un tiempo en solitario, se había unido a otros dos socios para crear la agencia BS&P (la P era de Peña, el segundo apellido de mamá). Desde aquel momento, les fue muy bien; eran incontables los carteles, logotipos y publicaciones que llevaban su marca. Después a mamá le entró la obsesión por escribir; tras la segunda novela, *Los ojos de Jean Simmom,* había llegado a un acuerdo con sus socios: trabajar solo de diez a dos, a cambio de una rebaja en su sueldo. Luego vinieron las

otras novelas: *No te apartes de mí* y *Oscura sombra de Laura,* cada vez con mayor éxito. Y ahora andaba dándole vueltas a la posibilidad de dedicarse solo a la escritura.

—¿Y tú por qué no has escrito, si tanto te gustaba?

—Algún cuento he escrito, incluso los presenté a varios concursos, pero no eran buenos; abandoné el día en que descubrí que la vida es corta y que había muchas buenas novelas esperando por mí. Mi vocación secreta era la de ser lector, así de sencillo. Además, con una escritora en la familia llega de sobra, ¿no te parece?

Me quedé mirándolo, sin saber si me decía la verdad o era una respuesta irónica, como tantas otras de las suyas. Pero en aquel punto quedó interrumpida la conversación, porque Aurora vino a buscarme para bajar al pueblo y me fui con ella a pasar el resto de la tarde.

Cuando volví, a eso de las diez, mamá ya había salido de su encierro voluntario. Tenía los ojos rojos, como de llorar. En su cara se veía un gesto de determinación que yo ya conocía de otras veces, indicador de que algo importante le rondaba por la cabeza.

—Tú y yo tenemos que hablar, Sara -me dijo-. Esta noche mejor que mañana; no voy a poder descansar hasta que lo hagamos.

No creo que lo pretendiese, pero consiguió intrigarme con sus palabras. ¿Acaso había en la carpeta otros papeles que a mí se me habían pasado por alto? ¿O, como ella había conocido al tío, había descubierto datos que yo no podía ni sospechar? A todo correr, cené un bocadillo y me tomé una taza de leche. Después busqué a mamá y le dije que ya estaba preparada para la conversación. Iba a sentarme en la sala, pero me frenó:

—Es mejor que hablemos en el cuarto del tío Moncho. En el que ahora es el tuyo, ya me entiendes.

Asentí en silencio y la seguí. Se me pasó por la cabeza el temor de que también aquella noche rondase en el ambiente la presencia extraña que tanto me había intranquilizado, pero pronto comprobé que eran temores infundados. Si había algo real en aquella obsesión mía, ya

comenzaba a tener claro que solo se manifestaba cuando yo estaba sola. Una vez dentro, me senté en la cama y esperé. Mi madre lo hizo en una de las sillas, después de colocar encima de la mesa todo lo que yo había encontrado en el armario.

—Quiero decirte tantas cosas que no sé bien por dónde comenzar -sonrió por primera vez y me miró con ternura-. Supongo que tendría que hacerlo pidiéndote perdón, o pidiéndoselo a mi tío, esté donde esté, por la inmensa losa de silencio que ayudé a poner encima de él.

»Esta tarde, mientras leía los papeles que has encontrado, me vino a la cabeza una película que vi hace mucho tiempo, tanto que ni tan siquiera recuerdo el título. Sé que transcurría durante la Segunda Guerra Mundial; tengo en la memoria las imágenes de una batalla feroz, con tanques, y bombas, y disparos, que acababa con la tierra sembrada de cadáveres. Pero después venía el invierno, y la nieve y el hielo sepultaban tanta sangre y tanto dolor, dejando un paisaje de un blanco purísimo. Un paisaje de una belleza engañosa, porque al llegar la primavera, y con ella el deshielo, los cadáveres volvían a quedar al descubierto entre el barro, revelando todo el horror que la nieve había sepultado.

»Tu descubrimiento de ayer ha tenido en mí un efecto semejante. ¿Qué sabías del tío Moncho antes de leer estos papeles? ¿Y qué sabes de esa guerra tan terrible que la abuela no quería nunca recordar? Seguramente nada, cuatro cosas mal contadas, porque estamos siempre edificando sobre la desmemoria.

Mi madre calló, pero no interrumpí su silencio. Adivinaba que era solo una pausa, mientras pensaba cómo continuar:

—Hace años, quizá ni te acuerdes, llegaste un día del colegio contando que el profesor os había explicado la Guerra Civil: una pelea entre hermanos, en la que los dos bandos habían tenido la misma culpa; esa era la conclusión que lo resumía todo. Recuerdo que me callé y no te dije nada, dejé que esa amarga mentira siguiera extendiéndose. Al fin y al cabo, qué más daba lo que pensases tú de una etapa que ya quedaba muy lejos. Hoy veo claro que aquel día le di una bofetada a la memoria de mi tío, y a la de todas las personas que, como él, un día soñaron un mundo diferente. No tiene sentido el rencor, lo sé bien, pero todavía lo tiene menos el olvido y la mentira. ¿Cómo se pueden igualar las víctimas y los verdugos? Debes conocer qué pasó en aquellos años para que nunca se repita, y también para honrar la

memoria de tantos sueños rotos.

Mi madre se levantó y fue hacia el balcón. Me pareció que estaba emocionada y que no le gustaba que la viese así. Cuando se volvió a sentar, me miró con una extraña intensidad. Quizá, pensé, era la primera vez que se dirigía a mí hablándome de igual a igual. Después, retomó el hilo de los recuerdos:

—Cuando el tío Moncho murió, yo acababa de cumplir veinte años. Para mí, acostumbrada a verlo en casa desde siempre, había sido como un segundo padre, sobre todo si tienes en cuenta que el abuelo pasaba fuera muchas noches, faenando en el barco. Un padre muy especial, porque siempre estaba en casa y nunca me regañaba, y porque era él quien me hacía los juguetes más bonitos. Aún recuerdo una casa de muñecas que me regaló por Reyes, equipada con todo cuanto detalle podía tener, desde los muebles de cocina hasta las camitas de los dormitorios; fue la envidia de todas mis amigas, jugué con ella hasta que me hice mayor. Era un artista mi tío, pero por aquel entonces yo no me daba cuenta. Lo estoy viendo ahora, con la sonrisa en la cara, tan callado, como si viviese en otro mundo. La sordera hacía que se apartase, si no de nuestra vida, sí de nuestras conversaciones. Porque estaba sordo, y solo decía las palabras precisas. ¡Dios, qué metáfora tan terrible de aquellos años! Y todavía era joven, si no hubiera sido por el accidente, podría haber vivido mucho más.

—¿El accidente? -la interrumpí-. ¿Qué accidente?

—¡Ni tan siquiera te he contado eso! -mi madre movió la cabeza con expresión amarga, a modo de reproche-. Fue al cruzar la pista. Él salía del taller con unas tablas al hombro, que no le dejaron ver el camión que se acercaba. Y, a causa de la sordera, no escuchó ni siquiera el ruido de la bocina. No fue culpa del conductor; quizá iba a más velocidad de la debida, ya sabes que el camino es estrecho y cuesta abajo, pero el pobre hombre nada pudo hacer.

Mi madre se quedó callada, parecía no saber cómo continuar. Fui yo, después de un tiempo, la que rompí aquel silencio:

—Ayer por la noche leí el cuaderno del tío, y también las cartas de Sara, esa joven de A Coruña con la que salía. Pero hay muchas cosas que quiero preguntarte. ¿Tú sabías que el tío había sido maestro? ¿Os habló alguna vez de su novia? ¿Sabes si Sara volvió a Galicia o sigue

en Argentina? ¿Habrá muerto ya?

—No puedo contestarte, yo no sé mucho más de lo que tú sabes ahora; o lo sé a medias, como un puzle al que le faltan piezas. Mis padres fueron tejiendo un manto de silencio sobre todo lo que había tenido que ver con el tío Ramón. Seguramente por miedo, pues el miedo de los años de guerra les quedó metido en el cuerpo para siempre; o quizá por apartar los recuerdos amargos de aquel tiempo, cualquiera sabe. El tío era el hermano mayor de la abuela, por aquel entonces vivían en Celeiro, en una casa que ya no existe. Eran años en los que no estudiaba casi nadie, pero como Moncho era muy inteligente, sus padres decidieron mandarlo a casa de unos parientes que vivían en A Coruña. Y allí hizo el bachillerato y la carrera de magisterio.

Mi madre habló durante mucho tiempo, siguiendo el hilo de las preguntas que yo le hacía. Ella sabía que el tío había tenido una participación muy activa en la vida cultural y política de aquellos años, y también que había pertenecido a la Irmandade da Fala de Coruña; allí debió de ser donde conoció a Sara Salgueiro. Había sido maestro en tiempos de la República; había dado clase durante varios años en Cervo, quizá todavía vivían alumnos que se acordasen de él.

—Sé también que se había afiliado al Partido Galleguista, al de Castelao y de Bóveda, como tanta gente magnífica de aquella época. Pero de esa Sara Salgueiro no sabía nada hasta hoy. Si alguna vez se habló de ella en esta casa, desde luego no fue en mi presencia. El tío anduvo de cárcel en cárcel, ya has leído su diario; la abuela me contó algunas cosas, siempre incompletas, pero él nunca hablaba de eso. No me extraña, supongo que quería olvidar todo lo mal que lo había pasado.

Quedamos en silencio durante algunos minutos. Después, mamá añadió:

—Dentro de lo que cabe tuvo suerte, porque a otros como él los mataron. Con los que más se ensañaron fue con los que, como el tío, eran maestros progresistas.

—¿Y cuándo salió de la cárcel?

—Tuvo que ser en el cuarenta y cinco, todavía faltaban tres años para que yo naciese. Le conmutaron la condena, supongo que en las cárceles ya no tenían sitio para tantos. Sordo como estaba, se vino a

vivir a casa de la abuela y montó el taller de carpintería. Mi abuelo había sido carpintero, y a él eso siempre le había gustado. Y aquí estuvo hasta que murió. Sordo, ajeno a todo lo que no fuese su familia, el trabajo o sus libros. Aunque, como tú descubriste ayer noche, ahora sé que guardó sus ideales como un tesoro secreto.

Mamá se tapó el rostro con la manos y rompió a llorar. Era un llanto apagado, una forma de echar fuera todas las emociones que habían aflorado al revivir tantos recuerdos. Después de algunos minutos, se descubrió la cara y me sonrió, mientras se limpiaba las lágrimas con un pañuelo.

—Bien mirado, quizá el tío también esperaba el tiempo del deshielo. Tal vez guardó los papeles en el armario con la secreta esperanza de que, en años futuros, alguien como tú los descubriese.

—¿Como yo? ¿Qué quieres decir?

—Alguna gente cree que todo nos sucede por azar; tu padre, sin ir más lejos. No digo que no sea así en muchos casos, pero pienso que también nos pasan cosas para las que estábamos destinados a vivirlas. ¿Por qué nunca descubrí yo estos papeles, a pesar de tener tantas oportunidades de entrar en el cuarto del tío? Quizá porque no me correspondía a mí hacerlo; al fin y al cabo, yo también soy de una generación estropeada por los años grises y cerrados de la posguerra. Ya ves: para salir a la luz tuvieron que esperar a que crecieses tú.

—Sigo sin entenderte, mamá. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Quizá sean paranoias mías, Sara; no me hagas mucho caso. Será porque pienso que eres tú la que puede recoger las ideas del tío y hacerlas revivir. Los de mi generación ya no tenemos remedio.

Mamá se levantó, como si para ella la conversación estuviese ya concluida. Abrió la puerta y, antes de salir, miró los papeles que llenaban la mesa.

—Todo lo que has encontrado, considéralo como la herencia que te dejó el tío Ramón, aun sin saber que existirías algún día. Y con los libros de las estanterías, otro tanto. Estoy segura de que él también se alegraría de ver sus cosas en tus manos.

Me quedé sola en el cuarto, sentada en la cama, rumiando por dentro

la larga conversación con mi madre. Sabía que me había hablado con la mayor sinceridad, adivinaba que para ella eran muy importantes las palabras que me había dicho. Y sentía que no debía olvidarlas porque, de alguna oscura manera, intuía que también lo eran para mí.

9

YA he dicho que hay sucesos que nos cambian la vida. Y aunque entonces yo no podía saber que me faltaban por vivir otros acontecimientos más perturbadores, lo cierto es que desde la noche del descubrimiento algo fue cambiando en mi interior, como si la Sara que yo había sido hasta aquel momento me estuviese diciendo adiós y en su lugar comenzase a surgir otra nueva y diferente.

Hacia fuera, seguía haciendo la vida de siempre. Ayudó el tiempo, además, pues teníamos un agosto anormalmente bueno. Las mañanas en la playa, las excursiones al monte de San Roque, las tardes larguísimas en la terraza, las juergas de las noches de fin de semana... La relación con Daniel era el regalo inesperado de las vacaciones; los dos sabíamos que no duraría y no queríamos darle una trascendencia que no tenía; era solo una amistad para pasarlo bien y explorar nuevas experiencias en nuestros encuentros amorosos.

Pero todo lo que me había ocurrido en mi dormitorio, ya fuese imaginado, como en las desasosegadoras sensaciones que me provocaba aquella presencia inexplicable, ya fuese real, como el descubrimiento de los papeles del tío Moncho, estaba actuando dentro de mí con la lenta eficacia de una de esas drogas que se propagan incansables por el cuerpo hasta acabar contagiando las células más alejadas. Notaba que, de alguna manera, los límites de mi vida se habían expandido, pues ahora era consciente de que había otros territorios que se abrían ante mí, unos territorios de los que nada sabía y por los que tendría que aprender a transitar. Quizá, pensaba, un poco desconcertada, mientras esperaba a que me viniese el sueño, en eso consistía el proceso de hacerse mayor.

En casa, el tío Moncho pasó a ocupar un lugar principal en nuestras conversaciones. Ahora ya no era solo yo la interesada en saber nuevos detalles de su vida, pues también mamá parecía empeñada en rememorar los sucesos de su infancia y adolescencia que tuviesen que ver con él. Descubrió que recordaba mucho más de lo que imaginaba, y no había día en que no nos contase alguna anécdota nueva. Nosotros la escuchábamos encantados, pero más por lo que descubríamos de ella que por las informaciones que aportaba sobre el tío.

—Lo que me extraña es que mi madre no me hubiese hablado nunca de Sara Salgueiro -comentó una vez, mientras comíamos-. Por fuerza

tendría que saber algo de ella. Si consiguió llegar a América, lo normal era que hubiese escrito aquí, para tener noticias del tío.

—A esta dirección no pudo escribir, Cristina, porque no la conocía -intervino mi padre-. En todo caso escribiría a la casa vieja de Celeiro, donde vivían tus abuelos.

—Tienes razón, no había caído en eso. Mis padres se casaron después de la guerra, creo que en el cuarenta y dos. Fue cuando se vinieron a vivir a esta casa, que era de la familia de papá. Tenían dinero, por aquel entonces el pescado era un buen negocio, y se la vendieron por un precio simbólico.

Quedó en silencio un buen rato, como dándole vueltas a fechas y recuerdos, pero muy pronto añadió:

—Mamá tenía que saberlo, seguro. Su padre murió joven, todavía no había acabado la guerra; y su madre, unos años después, poco antes de nacer yo. Recuerdo haberle oído decir que fue entonces cuando vendieron la casa de Celeiro, y que ella trajo para aquí todo cuanto papel había en ella. Mi madre guardaba todo, así que todavía tienen que andar por el desván, perdidos en alguna maleta.

—¿Y por qué se vino a vivir aquí el tío Moncho? -pregunté.

—¿Adónde iba a ir? Salió de la cárcel y se encontró sin nada. Venía enfermo, y muy flaco, eso sí que lo contaba a veces mamá. Esta casa era su único refugio. El tío necesitaba cuidados y solo la tenía a ella. Mi padre no puso ninguna pega, para él lo que mamá dijese era ley. Y más adelante fue cuando decidieron construir el taller y montar la carpintería.

Aquella tarde mi madre subió al desván y revolvió en cajas y maletas, en busca de algún documento o carta que tuviese que ver con Sara. Encontró papeles de lo más inesperado, desde cartas de olvidados parientes que habían emigrado a Cuba en los años veinte hasta alguno de sus cuadernos escolares. Pero no encontró nada de lo que nos interesaba.

Tampoco yo tuve éxito en mi minuciosa búsqueda por el territorio del tío. En el taller encontré dos carpetas llenas de documentos muy bien ordenados, pero todo eran facturas y diseños relacionados con el trabajo de la carpintería. Y en mi cuarto, que volví a mirar con

atención minuciosa, tampoco tuve éxito. Las cartas de Sara desde Argentina, si alguna vez existieron, podrían haber sido quemadas o destruidas muchos años atrás.

Con el paso de los días casi conseguí olvidarme de mi miedo de las dos primeras noches. Acabé convenciéndome de que todo había sido fruto de mi fantasía. Aquel cuarto siempre me había estado prohibido, en eso la abuela era muy estricta, e incluso había imaginado las cosas más absurdas sobre él cuando era niña. ¿Cómo no iba a ser normal que los temores escondidos en mi inconsciente acabasen por jugarme una mala pasada? Tanto me repetía estos razonamientos que acabé por considerar todo como una de esas pesadillas que con el tiempo se van desvaneciendo en la memoria.

Por eso me asusté tanto la noche en que, sin ningún indicio previo que despertase mis sospechas, aquella fuerza fantasmal se presentó de nuevo en mi habitación. Lo noté nada más entrar, hay algo en nuestro inconsciente que va siempre por delante de nuestra parte racional. En cuanto cerré la puerta, supe que no estaba sola y que aquella presencia invisible parecía estar esperando mi llegada para manifestarse una vez más.

Todo el cuerpo se me puso en tensión. Una descarga eléctrica me recorrió la espalda, y noté cómo se me erizaba el vello de los brazos. Pero, esta vez, el miedo no llegó a bloquearme. Aquella era una situación irracional y no tenía sentido dejarse arrastrar por ella. Me repetía una y otra vez que no debía asustarme, que los fantasmas están bien para las novelas, pero que ya no cabían en el mundo real. ¿Qué más daba que todo fuese fruto de mi hipersensibilidad o que alguna fuerza sobrenatural estuviese jugando conmigo? Lo importante en aquel momento era evitar que el pánico me venciese. Y algo fui consiguiendo con mi autocontrol, pues noté cómo la tensión de los músculos desaparecía. No iba a huir a ningún lado ni oponer resistencia a aquella extraña fuerza. Si algo quería de mí, trataría de atender su demanda.

Allí estaba yo, parada en el cuarto sin saber qué hacer. Recorrí con la mirada todo el dormitorio, en busca de algún indicio que me guiase. Pero no había tal señal, solo aquella energía intranquilizadora que parecía crecer en intensidad. Impulsada por una súbita intuición, me dirigí a la librería. Me paré delante de los estantes que tantas veces

había revisado en los últimos días. Y entonces, mirando de nuevo aquellos libros, reparé en un título que las otras veces me había pasado inadvertido, pues era un ejemplar tan delgado que casi no se leían las letras del lomo. Pero allí estaban el libro y el autor tantas veces citados en los papeles ocultos en el armario: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada,* de Pablo Neruda.

Cuando lo cogí, muy pronto noté que guardaba algo dentro, pues abultaba más de lo que le correspondía a un libro de tan poco grosor. Lo que encontré entre sus páginas fueron tres cartas, las tres dirigidas a Ramón Peña Díaz. Eran sobres que tenían los bordes rojos y azules, característicos de la correspondencia por avión, franqueados con sellos de la República Argentina. No necesité leer el remite para saber quién las enviaba, pues de inmediato reconocí la hermosa caligrafía de Sara Salgueiro, ¡Allí estaban las cartas que andábamos buscando!

Me senté en la cama. Antes de examinarlas, volví a mirar el libro, por si contenía algún papel más. Cuando lo cogí, el propio volumen se me abrió por las páginas en que habían estado guardadas las cartas. Rápidamente me llamó la atención uno de los versos que contenía, pues aparecía subrayado con lápiz rojo: *«Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido».* Tuvo que ser el tío el que lo subrayó, no podía ser otra persona. ¿Por qué lo señalaría?

Quizá la respuesta a esa pregunta se encontraba en las cartas. Me entretuve examinando los sobres con detalle, sin atreverme a mirar su contenido, como si tuviese miedo de leerlas. Cuando por fin lo hice, vi que la más antigua estaba fechada en el otoño de 1943. Era una carta teñida de tristeza, una tristeza bien fácil de comprender:

Mi querido Moncho:

Si han llegado a tus manos algunas de las infinitas cartas que te llevo escritas, ya sabes que ahora, mientras redacto estas líneas, está anocheciendo en Buenos Aires. Es el momento que escojo siempre para hacerlo, cuando la noche me aísla de todo lo que me rodea y puedo hablarte como si las distancias, las del espacio, pero también las del tiempo, no existiesen entre nosotros.

¡Siete años ya, Moncho! ¿Cuántas cartas te habré escrito en este tiempo? Sé que fueron como botellas lanzadas al mar, mensajes que quizá nunca te

llegaron. Si esos malvados no tienen reparo en asesinar a quien no piensa como ellos, si no dudan en encarcelar a gente tan buena como tú, menos lo van a tener en ahogar las ilusiones que encierra una carta. Cuando los imagino leyendo mis palabras y tirándolas después al fuego, siento una rabia incontenible. A veces me entra la tentación de no mandarlas, pero después me dejo llevar por la misma ciega ilusión con la que el náufrago mete su mensaje en la botella, y también yo las lanzo al mar, con el deseo intenso de que lleguen a tus manos.

Sin embargo, sé que esta carta no se va a perder. Hace algunos días, por una de esas casualidades que hacen creer en el destino, tuve noticias indirectas de tu hermana Laura. Fue después de un concierto que hubo en el Centro Gallego, allí me presentaron a un hombre que también es de Viveiro. Por él supe que tu hermana se había casado, pues este hombre es pariente del que ya es su marido. Y, asómbrate, sabía dónde viven ahora, y me facilitó la dirección. Por eso esta carta no te la mando a León, sino a Viveiro. Confío en que tu hermana te la pueda hacer llegar a la cárcel; o, en el peor de los casos, que la guarde hasta el día en que quedes libre, un día que ya no puede tardar.

Siempre que te escribo, coloco delante de mí el marco en el que tengo tus fotos, uno de los pocos tesoros que pude salvar en mi huida. Veo tu cara ilusionada, tu sonrisa alegre, tus ojos sinceros. Me pongo a imaginar cómo serás ahora, pero soy incapaz de verte de otro modo. Y entonces me entra el miedo de estar enamorada de una ilusión, de una imagen de ti anclada en el pasado. Y me pongo a pensar que, quizá, te hayas olvidado de mí. Pero vuelvo a mirar las fotos y me digo que no, que mi Moncho no ha podido olvidar las promesas de amor que nos hicimos en Coruña. Tengo fe en ti, mucha más de la que tengo en mí.

Cuando me llega el desánimo, y me visita muchas veces, me repito que no hay motivos para el desaliento. Los días de la dictadura pueden estar contados, pues Gran Bretaña y los Estados Unidos acaban de condenarla. Y las últimas noticias dicen que los alemanes retroceden en los frentes de Rusia y África. Si es así, Mussolini y Hitler acabarán cayendo, ningún poder es eterno. Y cuando ellos caigan, cuando Europa vuelva a conocer su libertad, entonces Franco también caerá y nosotros podremos regresar a Galicia.

Maruja y Carmen siempre me dicen que tengo que salir más, divertirme, aprovechar tanta vida cultural como hay en esta ciudad. Claro, a ellas tes es fácil decirlo, con Luis y Rafael aquí. Si estuvieses conmigo, también yo haría planes para quedamos en este país. Aquí a nadie se le pregunta de

dónde viene, solo si tienes ganas de trabajar y de vivir. Y de eso tú y yo tenemos de sobra.

(...)

La segunda carta, de la primavera de 1944, era muy semejante. En ella, Sara reiteraba el deseo de que el tío llegase a leerla, pues seguía sin tener contestación a las muchas que le había escrito. Le contaba anécdotas de la escuela en la que daba clase, le hablaba del grupo de teatro en el que se había integrado, de las magníficas exposiciones de Seoane... Pero en esta carta se percibía ya con claridad el cambio del tono afectivo que solo se intuía en la primera. Eran palabras cariñosas, sí, pero en ellas estaba ausente la pasión y la vitalidad que tanto me había impresionado la noche en que leí las cartas escondidas en el armario. La última tenía fecha de la Navidad de 1945:

Querido Moncho:

Sigo sin tener ninguna noticia tuya, ni tampoco de tu hermana. Sé que continúas en la cárcel de León, pues hasta aquí ha llegado un informe de los compañeros que intentan reconstruir el partido, y en él aparecéis citados todos los que estáis presos. Mis cartas parecen condenadas a no llegar a tus manos, ya pierdo la esperanza de que las leas algún día. Si las leyeses, podrías seguir paso a paso mi vida en estos casi diez años en Buenos Aires, una ciudad que ahora siento ya como si desde siempre hubiera sido mía.

Hasta hace unos meses, la mayoría de los exiliados vivíamos instalados en la provisionalidad, con la esperanza puesta en el regreso, pues confiábamos en que, con la victoria de los aliados, Franco cayese como cayeron Mussolini y Hitler, y nuestro país pudiera otra vez recuperar la libertad y la democracia. Pero, ahora que ha acabado la Guerra Mundial, ya sabemos que la dictadura de Franco va a seguir, quién sabe por cuánto tiempo. Hace unos días nos reunimos en casa de Luis Seoane y Maruxa y convinimos en que la vuelta es imposible. Espero que lo entiendas, Moncho: la decisión de quedar aquí ya está tomada. Seguiremos reuniéndonos y trabajando por Galicia, pero Argentina es también ya nuestro país, el que nos acogió con los brazos abiertos cuando más lo necesitábamos.

Lo que quiero decirte ahora es muy importante para mí. Sé que te va a causar dolor, pero debo hacerlo, entre nosotros nunca habitó la mentira. Desde hace unos meses tengo relaciones formales con otro exiliado,

Eduardo Souto, y pensamos casarnos dentro de pocas semanas. Tú eres y serás siempre el amor de mi vida, querido Moncho, pero es imposible reunimos de nuevo. Los años pasan para mí y para ti, y pasan para no volver. Solo tenemos una vida, y no podemos estropearla viviendo de los recuerdos. Eduardo está aquí, a mi lado, y me quiere. También yo lo quiero a él, aunque no lo amo como te amaba a ti, pues nunca podré sentir lo mismo por nadie, pero estoy decidida a compartir mi vida con él.

Temo hacerte daño con estas palabras, daría años de mi vida para que no fuese así; pero también confío en que entiendas esta decisión tan difícil, la más dura que nunca he tomado. ¿Qué más puedo decir? Deseo intensamente que la vida, que ya fue cruel de más contigo, te reserve mejores tiempos en el futuro. Nunca te olvidaré; aunque quisiera, sería imposible. Hasta siempre, Moncho, mi amor.

Cuando acabé, tenía los ojos húmedos. Lloraba por el tío Moncho, que debió de leer aquellas palabras cuando salió de la cárcel y pudo por fin volver a Viveiro y refugiarse en un cuarto de la casa de su hermana. Lloraba por una persona que había muerto mucho antes de que yo naciese, pero que sentía muy próxima a mí. ¡Cómo no imaginar su pena ante lo que Sara le decía! Había cumplido su condena y se encontró con otra, más agria y más cruel porque era irreversible.

Después de secar las lágrimas, comprobé sin sorpresa que aquella presencia inexplicable seguía en el cuarto. Había conseguido olvidarla mientras leía las cartas de Sara, pero ahora la sentía a mi lado, tal vez de forma más intensa. ¿Qué más podría querer de mí? ¿Acaso no acababa de encontrar las cartas? ¿Qué asuntos le quedaban al tío, si es que esa presencia era el tío, pendientes de solucionar?

Fue entonces cuando recordé la promesa que había escrito en su diario, la promesa de volver con Sara a San Simón en busca de la cosa, cualquiera que fuese, que había guardado en el pequeño cementerio. Un juramento que no había podido cumplir, cuando menos en compañía de la mujer que tanto había amado. ¿Sería eso lo que le impedía irse del cuarto, abandonar de una vez un mundo que ya no era el suyo?

Me daba perfecta cuenta de que mi imaginación se había disparado, pues todo aquello no tenía ninguna base, no eran más que alocadas fantasías que se me iban ocurriendo. Pero no podía evitarlo, era como si la energía que inundaba el cuarto tirase de mis pensamientos en esa dirección.

Decidí no contarles nada de las cartas a mis padres, aquel sería un secreto entre el tío y yo, por lo menos durante un tiempo. A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, le pregunté a mi madre:

—¿Sabes si el tío Moncho volvió alguna vez a la isla de San Simón?

—No. Que yo sepa, no volvió a salir de Viveiro -respondió-. Aunque se acordaba de ella con frecuencia, eso sí que me lo dijo muchas veces la abuela; mucho más que de las otras cárceles, de las que no hablaba nunca. «Una parte de mí quedó en San Simón», era una frase que acostumbraba a repetir. Debió de ser muy duro para él, quizá por el miedo permanente a que lo matasen.

«Una parte de mí quedó en San Simón. » De repente, noté que todas las piezas dispersas encajaban. ¡Claro que había quedado algo de él en San Simón! Y me correspondía a mí recuperarlo, fuese lo que fuese, pues estaba segura de que todavía seguía allí. Con tono decidido, le dije a mi madre:

—A ver cómo te las arreglas, mamá, porque tiene que ser cuanto antes. Tú y yo tenemos que ir a San Simón.

Mi madre permaneció callada, mirándome. No sé si intuía los motivos que yo tenía, pero debió de sorprenderla el aire de determinación que se desprendía de mis palabras. Noté bien que sopesaba la idea mientras desayunábamos. Cuando ya estábamos recogiendo, me comentó:

—No va a ser fácil. Por lo que yo sé, tiene el acceso restringido. Creo que están restaurando los edificios de la isla, hay que solicitar permiso si se quiere ir.

—¡Pero tiene que ser posible! ¡Cómo no se va a poder! Seguro que hay alguna forma de conseguir uno de esos permisos.

—En la Consejería de Cultura tienen que saber algo, ellos son los que se encargan de la restauración -añadió mi madre, tras un tiempo de silencio-. Allí solo conozco a una persona, Xavier Senín. Quizá él me pueda informar de los trámites para solicitar el permiso. Pero en agosto está todo el mundo de vacaciones, es inútil intentarlo. Habrá que esperar a septiembre.

Esperaríamos a septiembre, qué remedio. Pero yo no descansaría hasta

conseguir que, aunque fuese a través de mí, el tío Moncho cumpliera, después de tantos años, su promesa de volver a San Simón.

LOS días de agosto fueron pasando sin que ocurriera nada inesperado. Mi hermano y su familia estuvieron poco más de una semana con nosotros, y su llegada vino a revolucionar la casa, trastornando los ritmos horarios que llevábamos hasta entonces. La presencia de mis sobrinas, que no se estaban quietas más que para dormir, como si estuviesen dotadas de una energía inacabable y nunca se hartasen de experimentar la capacidad de correr que habían descubierto hacía poco, acabó con la tranquilidad que teníamos y supuso un paréntesis obligado en el trabajo de mi madre.

Estuvo bien que viniesen; no solo por la alegría de juntarnos, sino también porque durante ese tiempo, con el jaleo permanente instalado en casa, todo lo relacionado con el tío Moncho pasó a un segundo plano. Entre mis padres y yo se produjo un acuerdo tácito para suspender las indagaciones que habían ocupado nuestras charlas en los días anteriores. Les contamos a Xavier y a Montse mi descubrimiento, y también hicimos algunos comentarios sobre Sara, la ignorada novia del tío, pero no pasamos de ahí.

En algún momento estuve tentada de relatarle a mi hermano lo que me había ocurrido en mi cuarto, aquella experiencia insólita para la que no encontraba más que explicaciones inquietantes o fantasiosas, pero pronto deseché la idea. De la complicidad entre hermanos, si es que alguna vez la había habido, ya no quedaba nada. Nos llevábamos casi diez años, y esa era una diferencia de edad demasiado grande. Cuando él hacía el bachillerato yo era una niña pequeña, más ocupada en jugar con la *barbies* que en relacionarme con aquel grandullón que ocupaba el mejor cuarto de la casa y siempre estaba quejándose de que yo le revolvía sus cosas. Después se marchó a Barcelona, y nuestra relación pasó a ser telefónica o, en los últimos tiempos, por medio del correo electrónico. Tenía un hermano, sí, y lo quería, cómo no lo iba a querer; pero yo era consciente de que había vivido el abandono de la niñez y la entrada en la adolescencia con el mismo desamparo que si fuese hija única.

Mentiría si dijera que no agradecí su estancia entre nosotros. Además de hacerme más llevadera la espera que me consumía por dentro, sirvió para que aquel ser invisible que parecía habitar en mi cuarto no apareciese ninguna noche más; como al fantasma del castillo de

Canterville, la presencia de las gemelas debió de quitarle cualquier deseo de presentarse.

Por aquellos días Daniel tuvo que regresar a Vigo. Había estado aplazando su marcha para poder seguir conmigo algún tiempo más, pero le habían quedado dos asignaturas en junio y debía volver para encerrarse lo que le quedaba de agosto y preparar en condiciones los exámenes de septiembre. Cuando me lo dijo, acordamos pasar juntos la tarde anterior a su marcha, sin comentarles nada a los de la pandilla, pues queríamos despedirnos a solas.

Aquella tarde fuimos en bicicleta a la playa de Areas, una cala pequeña que el agua cubre por completo cuando sube la marea. Solo había en ella algunas parejas y un grupo de chicos intentando jugar al fútbol en el escaso espacio que todavía no había ocupado el mar. Hacía una tarde fresca y no apetecía ponerse en bañador para tomar el sol, así que los dos nos dejamos puesta la camiseta y ni tan siquiera intentamos acercarnos al agua. Se nos fueron las horas tumbados sobre las toallas, entre besos y caricias, mientras pasábamos revista a las anécdotas de aquellos días tan estupendos que habíamos vivido juntos.

Después de todo lo que había ocurrido entre nosotros, yo tenía algún recelo. Temía que se pusiera trascendente con las típicas historias de jurarnos amor eterno o cosas semejantes. Pero eran temores infundados, los dos éramos conscientes de que nuestra relación había sido una amistad de verano que no tenía sentido prolongar. Daniel ni siquiera sabía si podría volver a Viveiro en las próximas vacaciones, pues entonces ya habría acabado el bachillerato y, si todo iba bien, deseaba hacer con dos amigos un largo viaje en tren por los países centroeuropeos. Además, que viniese a Coruña algún día durante el curso no nos parecía una buena idea a ninguno de los dos. Nos habíamos tomado cariño, sí, pero ambos sabíamos que no nos echaríamos de menos en los meses de invierno.

En la última semana, el tiempo se enfrió de repente, como si nos quisiera recordar que las vacaciones llegaban a su fin. Pero no podíamos quejarnos, pocos recordaban un verano tan bueno como aquel. Los de la pandilla hicimos mil y una fiestas de despedida, un ritual que repetíamos cada año. La diferencia estaba en que, cuando éramos niñas, celebrábamos las fiestas con coca-cola y patatas fritas, mientras que ahora resultaba obligada la presencia del alcohol y el recorrido nocturno por los bares y los *pubs* del pueblo, entre abrazos y

promesas de amistad eterna. Yo intuía que todas teníamos miedo a que no hubiese en el futuro más veranos como aquel, miedo a hacernos mayores y que la vida acabase por separarnos y hacernos ir a cada una por un camino diferente.

Eran unas despedidas que me producían tristeza, como ya he dicho; pero, por otra parte, me alegraba que se acabase agosto y con él aquella espera obligada que me mantenía tensa por dentro, aunque yo misma me decía que no era para tanto, que quizá aquel viaje a San Simón no pasaba de ser una tentativa ilusoria que para nada me serviría. Pero no lo podía evitar. La presencia inexplicable que me había visitado en el cuarto, las cartas de Sara desde el pasado, las palabras del tío Moncho en el diario… parecían voces fantasmales que yo sentía brotar en mi interior, como si luchasen por abrirse paso y salir a la luz a través de mí. Voces que me intranquilizaban y que solo la ilusionada idea del viaje parecía atenuar.

El primer día de septiembre regresamos a Coruña. Me alegró mucho volver a encontrarme en mi torreón, que es el nombre secreto de este cuarto, pues de niña me gustaba imaginar que habitaba en la torre más alta de un castillo, y que todo lo que se divisaba desde ella, la ciudad, el puerto y el mar entero, era el espacio de mis dominios. Abrigaba el temor de que, instalada de nuevo en la rutina, mi experiencia de Viveiro se fuera desvaneciendo como una nube de verano y, con ella, desapareciesen también mis ansias por ir a San Simón. Pero pronto comprobé que estaba equivocada y que mi deseo, a pesar del cambio de lugar, no hacía más que crecer a cada hora que pasaba.

Las gestiones telefónicas de mi madre, apremiada a diario por mis prisas de saber algo concreto, no tardaron en dar resultado. Aquel Xavier Senín que ella conocía debió de tomar el asunto con interés, pues mamá le había hablado de que necesitaba documentarse para la nueva novela en la que estaba trabajando. Era mentira, claro, pero no solo servía como pretexto eficaz, sino que le evitaba dar explicaciones sobre los motivos que en realidad nos llevaban a San Simón. Tres o cuatro días después de nuestra llegada, mi madre me comunicó que había conseguido el permiso para visitar la isla el próximo día catorce.

Teníamos por delante poco más de una semana de espera. Yo aproveché los días para obtener cuanta información me fue posible

sobre San Simón. Era una manera de acercarme, aunque solo fuera con la cabeza, a aquel lugar que se estaba convirtiendo en una obsesión, una idea fija que me hacía recordar a algunos personajes de Julio Veme, como el profesor Liddenbrock en su busca del centro de la Tierra o aquel capitán Hatteras que lo sacrificó todo por su idea suicida de llegar al polo Norte.

Decidí comenzar por introducirme en Internet. Fue una alegría comprobar que el buscador me ofrecía un montón de referencias sobre las islas, aunque muchas eran secundarias y no me servían de nada. Pero había bastantes páginas dedicadas por entero a San Simón, si bien la mayoría eran solo de carácter turístico. La más completa era la página oficial de la Consejería de Cultura, que se abría con una original fotografía tomada desde el aire. Se trataba de una imagen muy distinta de la que yo recordaba de los viajes por la autopista, no solo porque la visión aérea permitía contemplarlas en el marco de la ría, con las tierras de Redondela a la derecha y las de Santa Cristina de Cobres a la izquierda, sino porque, tal como allí aparecían, con su forma alargada, las dos islas parecían un barco varado en medio del agua. Un barco de piedra, o, mejor, un barco de árboles, pues la masa verde que cubría por entero su superficie apenas dejaba ver alguna de las edificaciones que se divisaban en ella.

Después de la foto venía un sugestivo texto introductorio que me hizo recordar el comienzo de algunas novelas («Las islas de San Simón son dos pequeños y tangenciales islotes, situados en la ensenada del mismo nombre, en el fondo de la ría de Vigo, frente a la parroquia de San Pedro de Cesantes. Gozan de clima benigno y tienen una larga y singular historia. »). Me desilusionó, en cambio, la ausencia de datos sobre los años amargos en que había funcionado como cárcel, que despachaban en tres líneas («En 1936, a raíz de la sublevación militar, fue convertido el conjunto en colonia penitenciaria, instalándose la guarnición militar en la isla de San Antonio y los reclusos en la de San Simón. »).

En cuanto fui pasando páginas, pronto comprobé que lo de «larga y singular historia» era algo más que un reclamo. El nombre de las islas aparecía asociado a hechos y personajes que me traían resonancias legendarias: los caballeros templarios, el pirata Drake, la batalla de Rande y los galeones hundidos en la ría, el lazareto donde pasaban la cuarentena los barcos sospechosos de traer el cólera o la lepra…

Como si fuese una clase de historia del instituto, la información oficial

se volvía casi inexistente a partir de 1936. Tuve que ir a otras páginas, todas de personas particulares, para encontrar datos sobre los años en que las islas habían sido convertidas en cárcel. A través de ellas, supe de la existencia de dos libros que mi madre acabó comprándome y que devoré como si fuesen la más apasionante novela: *Aillados. A memoria dos presos de 1936 na illa de San Simón,* de un grupo de historiadores jóvenes, y *De cárcel en cárcel,* de Diego San José, las memorias de un escritor madrileño que había estado preso allí y que, liberado posteriormente, había acabado quedándose a trabajar en Redondela.

Sumergirme en la historia de las islas fue una sucesión de sorpresas y la mejor manera de entretener mi espera. Saltaba de enlace en enlace, imprimiendo todas las hojas que consideraba de interés; eran tantas que mi madre se sintió obligada a llamarme la atención, pues acabé dejando sin tinta a la impresora. Por las noches, mientras cenábamos, mi padre escuchaba, con una mezcla de ironía y placer, los resúmenes que yo le hacía de mis descubrimientos.

—Con toda la documentación que tienes, bien se podría escribir una novela. Toma nota, Cristina -le dijo una de las noches a mi madre-. La próxima historia en que te metas ya sabes dónde tiene que situarse.

—No sería nada original. Sobre las islas no sé si hay, pero yo ya he leído algunas novelas que hablaban de los tesoros hundidos en Rande -contestó ella- Y no olvidéis que el lugar incluso sale en *Veinte mil leguas de viaje submarino,* de Verne: el capitán Nemo venía con su *Nautilus y,* en el lugar en donde está ahora el puente, cargaba la plata de esos tesoros para dársela luego a los movimientos de liberación que apoyaba por el mundo adelante.

—«El puente del capitán Nemo». ¿No habéis leído a Méndez Ferrín? Él defiende que ese nombre le queda mucho mejor que el que ahora tiene -comentó papá-. Estoy de acuerdo con él; a veces, los personajes de ficción acaban siendo mucho más verdaderos que los de la vida real.

—Hablando de Verne -interrumpí-, ¿sabéis que estuvo en San Simón, creo que el año 1878? Por lo menos eso se dice en una de las páginas que he consultado.

—Estaría, no digo que no; pero no te fíes de todo lo que encuentres en Internet, cualquiera puede escribir lo que le dé la gana. Tengo

entendido que se documentaba mucho sobre los lugares en los que se desarrollan sus aventuras, pero que no era nada amigo de viajar.

—Viajaría como hace ahora Sara por Internet -comentó mamá. Después me miró y añadió-: Porque con tanta visita ya debes de conocer de memoria todos los rincones de la isla. ¿O no?

Sonreí y no dije nada, pero desde luego que mi madre había acertado. Como los edificios de las islas estaban en proceso de restauración, la web de la Consejería de Cultura ofrecía un plano minucioso de los distintos lugares y construcciones. Un plano que yo había impreso y ampliado, para poder recorrerlo con mis dedos una y otra vez. En mi cabeza había explorado aquel espacio en todas las direcciones, hasta tener la seguridad de que podría moverme por las islas con los ojos cerrados. Con el plano delante, las palabras del diario alcanzaban otra dimensión, pues ahora podía identificar cada uno de los lugares que citaba el tío Moncho. Siempre que lo examinaba, mi dedo y mis ojos acababan en aquel pequeño recuadro sin nombre situado en la parte más extrema de la isla de Santo Antón. Me desconcertaba que en los planos no se indicase nada sobre él, pero aquel espacio solo podía ser el cementerio del que hablaba el tío, el viejo camposanto construido para enterrar a los que morían apestados, en los años en que funcionaba como lazareto. Aquel tenía que ser el lugar donde mi corazón albergaba la esperanza de encontrar no sabía bien qué; algo que para el tío Moncho debió de ser muy importante, tanto como para que su energía, o su espíritu o como se le quisiera llamar, se resistiese tercamente, tantos años después, a aceptar el descanso eterno que en nuestra ignorancia les atribuimos a los muertos.

Tras aquellas dos largas semanas de espera, llegó por fin el día catorce. El curso iba a comenzar en breve; pero yo no pensaba en el instituto, sino en ese viaje tan esperado. La cita era en el embarcadero de Cesantes, la parroquia de Redondela que está justo frente a las islas. Teníamos que estar allí a las diez y media de la mañana, donde un barquero nos esperaría para trasladarnos a San Simón.

Salimos temprano de A Coruña, todavía no eran las ocho. Recorrimos toda la autopista sin detenernos más que en el área de descanso que hay después de pasar Santiago. Cuando llegamos al peaje de Rande, el último antes de cruzar el enorme puente, nos metimos por un ramal que nos llevó a Vilaboa, y allí cogimos la carretera vieja que va desde

Pontevedra a Vigo. En Cesantes, un poco antes de llegar a Redondela, nos desviamos a la derecha y nos metimos por una carretera estrechísima y orillada por casas bajas que descendía en dirección al mar.

La carretera, después de obligarnos a seguir una inacabable sucesión de curvas, desembocaba en un camino que marchaba paralelo a una playa sin gente, bañada por un mar de aguas tan calmas como las de un lago. Y allí, en medio de aquel mar, tan cerca de nosotras que incluso podría pensar en echarme al agua y nadar hasta ella, estaba la tierra tantas veces soñada. La pequeña isla de Santo Antón, el puente de piedra, la silueta alargada de San Simón. El barco de piedra varado en medio de la ría, el verde oscuro de los árboles llenándolo todo. El lugar soñado, tan cerca, esperando mi llegada.

Recorrimos el camino hasta el final, más allá de la playa, pues el último tramo discurría a pocos metros de la línea de costa, siempre con la silueta de las islas llenando el horizonte. El camino acababa en una explanada de poca extensión. A la izquierda había dos casas, cada una con su jardín en la parte delantera; a la derecha, un pantalán de madera se metía en el mar, como un camino inacabado que parecía apuntar directamente a San Simón.

Todavía no eran las diez cuando aparcamos el coche al lado de una de aquellas casas. El rótulo de la fachada, "Hostal Antolín”, indicaba bien claro cuál era la función que cumplía. En una fecha como la de aquel día, mediado septiembre, lo más seguro es que ya no hubiese ningún huésped. Pero había un bar en la parte baja, y además estaba abierto. Cuando entramos, un intenso aroma a café y mantequilla me hizo recordar la hora que era y el tiempo que llevábamos sin probar bocado. La señora que atendía detrás de la barra estaba hablando con un hombre mayor; otro, sentado en una de las mesas del local, bebía café mientras leía el periódico.

Nos sentamos en una de las mesas. La mujer se acercó a nosotras con mirada alegre y comenzó a hablarnos con tal familiaridad como si nos conociese de toda la vida. Nos informó de que acababa de sacar del horno unos cruasanes pequeños que hacía ella misma y que no podíamos dejar de probar. Como también había hecho café de puchero cuando se había levantado de la cama, fue ella la que decidió por nosotros lo que íbamos a desayunar.

Se fue y al poco tiempo volvió con una bandeja llena de cruasanes

diminutos, tostados y olorosos, y con dos jarras de café y leche respectivamente. Las tazas, cucharas y servilletas no tardaron en aparecer. Dispuesto todo, la mujer se sentó con nosotras y también se sirvió una taza de café con leche. En otras circunstancias quizá me hubiese molestado aquella confianza, y no digamos a mi madre, siempre tan preocupada por proteger su intimidad; pero aquella mañana todo parecía distinto y, lejos de disgustarnos, la situación despertaba en nosotras el optimismo.

La mujer no paraba de hablar y de hacernos preguntas, parecía empeñada en obtener una ficha apresurada de nuestras vidas; pero solo le contamos que éramos de A Coruña y que veníamos de visita a la isla, sin darle más detalles.

—Estamos citadas con el barquero, un tal Rafael, a las diez y media -le comentó mi madre-. Nosotras no lo conocemos, pero seguro que usted podrá indicarnos quién es.

—¡Cómo no lo voy a conocer! Rafael es como de casa, pasa aquí muchas horas, mientras espera emprender un nuevo viaje. Es el encargado de llevar a la gente a la isla, lleva varios años trabajando en ello -miró luego a través de la amplia ventana y añadió-: Ahí lo tienen, seguro que ya las está aguardando.

También nosotras miramos en la dirección que nos señalaba. Allí, al final del pantalán de madera, había una lancha motora que bien tendría capacidad para diez pasajeros, balanceándose levemente por el efecto de las olas, casi imperceptibles. Mientras mi madre pagaba, envolví en unas servilletas de papel los cruasanes sobrantes y los metí dentro de la mochila. Después salimos del bar y recorrimos el pantalán a grandes zancadas.

Llegamos por fin a la lancha, amarrada a uno de los postes verticales que servían de remate a aquel pequeño puerto. Dentro de la cabina, un hombre delgado y recio examinaba el cuadro de mandos. Tenía el pelo crespo y un bigote que ya blanqueaba. Vestido con un vaquero y una camisa de cuadros que dejaba ver la camiseta azul que llevaba por debajo, se alejaba de la imagen tópica del marinero que yo esperaba encontrar.

—Buenos días. ¿Es usted Rafael? -preguntó mi madre.

—Sí -respondió el hombre-. Y usted es la persona que tengo que llevar

a la isla, ¿no es así?

Miró a mi madre y luego a mí, como preguntándome qué pintaba yo allí. Después de un tiempo, añadió:

—Don Javier solo me habló de una persona, tengo el nombre apuntado aquí -sacó un papel del bolsillo de la camisa y lo leyó; después, volvió a dirigirse a mi madre-: Cristina Peña, ese es el nombre que me dieron.

—Cristina Peña soy yo. Y esta es mi hija Sara, necesitaba traerla conmigo para que me ayudase a tomar notas. No habrá inconveniente, ¿verdad?

Aquel hombre era el reverso de la mujer del bar, pues se limitó a encogerse de hombros y a decir que a él tanto le daba llevar a una persona que a dos. Aunque nos rogó que nos sentásemos dentro, en los bancos de la cabina, nosotras preferimos hacer el viaje fuera. La brisa sería fría, pero era un sentimiento maravilloso el ver cómo nos íbamos acercando a la isla, que acabó por ocupar todo el horizonte. Traté de imaginar el miedo del tío cuando, de noche cerrada, lo habían traído allí en una barcaza junto con otros presos. Pero era una travesía demasiado breve, no encajaba con lo que él había anotado en el diario. Desconcertada, se lo comenté a mi madre.

—No, mujer, estás equivocada -me respondió-. A él lo trajeron desde Vigo, desde el puerto donde cogimos la lancha aquel día en que fuimos a las islas Cíes. Ese trayecto sí que es largo.

Claro, ¡qué tonta! Pronto comprendí por dónde había venido, tenía bien grabadas en la memoria las imágenes de todo el material que había consultado. Lo habían traído por el interior de la ría, donde el calado es mucho mayor, y había desembarcado por la banda contraria a donde íbamos a hacerlo nosotras.

Fue una travesía corta, no debe haber más de un kilómetro de separación entre las dos orillas. En el puerto de la isla ya nos estaba esperando un hombre, el cual saludó a Rafael con aire familiar y le ayudó a atracar la embarcación. Para ellos sería una maniobra habitual, estarían cansados de repetirla. Pero para mí aquel era un momento importantísimo, pues estaba a punto de pisar el suelo de San Simón, el mismo que había acogido en un tiempo amargo al tío Moncho, aquel pariente mío que, después de tantos años, estaba



revolucionando mi vida.

11

EL hombre que nos esperaba resultó ser el guarda de la isla, al que también habían avisado de nuestra llegada. Se llamaba Ángel y tenía un curioso parecido con un vecino de la casa de la abuela: grueso, de cara redondeada, con poco pelo, y con ese aire jovial y afable que siempre consigue despertar mi simpatía.

En cuanto pusimos pie en el puerto, Rafael desatracó la lancha, nos dijo que nos recogería a la una y se marchó. Teníamos un poco más de dos horas para hacer el trabajo que nos había traído a San Simón. Fue allí, en la explanada de cemento del pequeño embarcadero del puerto, cuando me di cuenta de que toda la isla aparecía rodeada por una valla metálica, una reja sostenida por altos postes de hierro colocados cada pocos metros, como la que se pone para guardar algunas fincas. Extrañada, le pregunté a Ángel cuál era su función.

—Es para que no entre gente en la isla. Si no hubiera esa tela metálica, aquí podría desembarcar cualquiera. Además, así puedo soltar los perros sin peligro de que acechen a nadie.

—¿Los perros? ¿Qué perros? -preguntó mi madre.

—Los perros que tengo para guardar la isla, tres pastores alemanes. Por el día, mientras estoy yo, los tengo allí, encerrados -señaló con la mano hacia un lugar próximo, tapado por las ramas-. Pero cuando me marcho, al anochecer, los dejo sueltos. Son suficientes para protegerla.

El guarda debía de creer que la nuestra era una visita turística, porque pronto se ofreció a recorrer con nosotras la isla y a mostrarnos lo más interesante. Yo hice un gesto de contrariedad, pues deseaba explorarla a solas, pero me callé cuando reparé en una señal que me hizo mi madre. El hombre nos aseguró que en poco más de media hora se le daba una vuelta completa, así que nos sobraría tiempo para recorrerla después por nuestra cuenta.

Atravesamos la gran puerta de hierro que servía de entrada principal y, por primera vez, pisé tierra de la isla. La sensación era la misma que la de entrar en un recinto cerrado, ya que las ramas de los árboles, la mayoría de altura considerable, creaban una especie de techo natural que apenas dejaba ver algunos trozos de cielo. El suelo aparecía sembrado de castañas de indias, pues había algunos castaños

enormes que sobresalían por encima de los pinos y las acacias. Cogí las que me parecieron más hermosas y las metí en los bolsillos y en la mochila. Mi padre siempre las recogía cuando yo era una niña y me llevaba a pasear con él, pues aseguraba que daban suerte. Todavía hoy, si busco en los cajones de su mesa, seguro que encuentro algunas de los otoños pasados. Quizá lo de la suerte no era más que una creencia inocente, pero en aquel momento yo sentía que la iba a necesitar.

Aunque ya sabía que en la isla había diferentes edificios, algunos de ellos bien visibles en las fotos, fue una sorpresa comprobar cuántos eran y sus dimensiones reales. Los que daban a la parte de Cobres, en el lado de la isla opuesto al lugar donde desembarcamos, ya estaban reconstruidos en su totalidad. En cambio, los edificios situados en la parte central -la pequeña capilla, el caserón que había servido de dormitorio de los presos y el local que había albergado las cocinas y los comedores- todavía estaban tal como habían quedado hacía más de cincuenta años, cuando clausuraron las instalaciones. Ángel, que nos había mostrado con orgullo los edificios restaurados, se lamentaba mientras nos enseñaba los que ofrecían la huella destructora del tiempo en sus paredes. Me fijé de forma especial en el caserón donde había vivido el tío Moncho y tantos compañeros presos, un edificio de planta rectangular con numerosas ventanas y balcones en la fachada, que en algunos casos ni tan siquiera conservaban los marcos de madera y mostraban los huecos llenos de oscuridad y de tristeza.

Recorrimos luego el Paseo de los Bojes, más hermoso todavía de lo que había imaginado. Los altos árboles que crecían a ambos lados habían acabado por unir sus copas y solo dejaban filtrar delgados rayos de sol. Aquel lugar le había gustado al tío Ramón y me gustaba a mí, y también a mi madre, que admiraba la imponente altura de los árboles.

—El boj crece muy lentamente -comentó-. ¿Cuántos años tendrán estos?

—No lo sé, pero muchos -respondió el guarda-. Aunque ya ven cómo están, las cosas hay que cuidarlas si no se quiere que se estropeen.

El hombre señalaba alguno de los bojes, semicaídos y con las raíces al aire. Según nos explicó, habían sido los vendavales del pasado invierno los que habían hecho aquel estropicio, que hasta ese momento nadie se había preocupado de reparar.

El paseo acababa en el extremo meridional de la isla. Había allí un mirador de granito, desde el que se divisaba el elegante puente de la autopista y las aguas calmas de la ría, llena de bateas. El efecto era el mismo que estar en la proa de un barco que se dirigiese decidido hacia alta mar. Pero la isla estaba inmóvil, lo mismo que mi madre y el guarda, que se habían sentado en las escaleras de piedra y contemplaban absortos el paisaje. A mí me reconcomía la impaciencia, y miraba el reloj a cada rato, pues temía que no nos quedase tiempo para lo que habíamos venido a hacer.

Por fortuna, en San Simón ya no había más que ver, o por lo menos esa era la opinión de Ángel. Nos llevó luego por un paseo que discurría paralelo a la orilla del mar y que iba a dar al puente que unía las dos islas. Atravesé a grandes zancadas aquellos pocos metros, adelantándome a mis acompañantes. La isla de Santo Antón era más bien pequeña, desde donde estábamos casi se veía todo el contorno. La sensación de encontrarme en un barco se acentuó todavía más, pues la isla está rodeada por un muro de granito que se asienta en las rocas de la ribera y parece protegerla como si fuese el casco de un buque.

Caminamos por un sendero que va pegado al muro que rodea casi toda la isla. Pronto llegamos al lugar más extremo, donde yo sabía que tenía que encontrarse el cementerio. Allí estaba, en efecto, todavía más pequeño de lo que había imaginado. Pero, antes de entrar en él, Ángel se empeñó en enseñarnos unas aberturas inclinadas que había en la parte del muro situada frente al camposanto.

—Por aquí echaban al mar las pertenencias de los apestados. Y, si cuadraba, también los cadáveres de los que morían; era la manera más fácil de deshacerse de ellos.

Se trataba, sin duda, de las troneras que el tío citaba en su diario. Yo también las miré, sin entusiasmo, pues lo que me interesaba era justo lo que tenía detrás de mí. Pero no a Ángel, que, tras comentar que aquel era el cementerio del lazareto, hizo gestos de continuar el recorrido. Oportuna, mi madre vino en mi ayuda.

—Espere un poco, Ángel. Mi hija tiene mucho interés en ver este cementerio.

Era la primera vez que lo contemplaba, pero me resultaba tan familiar como un lugar mil veces soñado. Allí estaban los dos eucaliptos, el boj, el mausoleo de piedra, como si el tiempo no hubiese pasado desde

que tío Moncho lo había descrito en su diario.

Me moría de ganas por quedarme allí, pues aquel era el destino final de mi viaje; pero, atendiendo a los reiterados gestos que me hizo mi madre, continué el recorrido que Ángel había dispuesto para nosotras. La verdad es que, visto con objetividad, el hombre tenía bien aprendido lo que debía enseñar, pues nos llevó a un mirador magnífico que hay en la punta más septentrional, desde el que se ve el nacimiento de la ría y las tierras de Redondela.

Completamos la vuelta a la isla, a paso rápido, hasta llegar otra vez a San Simón. Allí, en una pequeña explanada próxima a los comedores, Ángel nos reservaba la sorpresa final. Al lado de un gran menhir de piedra, semejante a los que colocaron en A Coruña cerca de la Torre de Hércules, había una placa metálica en el suelo, con una inscripción grabada en ella:

Capitán Nemo:

«Cualquiera que fuese el motivo que lo había obligado a buscar la independencia bajo el mar,

su corazón palpitaba aún por los sufrimientos de la humanidad. »

JULES VERNE: "20. 000 LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO".

Xacobeo 99, Galicia

Yo bien sabía que Verne había estado en las islas, lo de menos es que lo hiciese física o mentalmente. Pero, incluso así, me emocionó leer aquellas palabras, que parecían establecer una secreta conexión entre aquel héroe de ficción y el tío Moncho, que había acabado perdiendo la libertad por ser también sensible a los sufrimientos de la gente.

Vencida por la impaciencia, le señalé a mi madre el reloj, para que pusiera fin a aquella situación. Me entendió bien, porque al momento le dijo al guarda:

—Ahora, si no le importa, querríamos dar un paseo nosotras solas. Muchas gracias por su amabilidad.

El hombre se fue, no sin antes recordarnos que debíamos estar a la

una en el puerto, pues esa era la hora en que nos recogería la lancha. En cuanto nos quedamos solas, desanduve el camino a todo correr, seguida por mi madre. Crucé el puente de nuevo y me dirigí a toda prisa al pequeño cementerio.

Entramos en él. Yo permanecí de pie en la parte central, mirando todo lo que me rodeaba: las paredes, los eucaliptos, tan enormes que sus raíces comenzaban a abrir grietas en los muros, el mausoleo con la tapa de mármol apoyada en un lateral, el magnífico boj con las ramas disparadas en todas las direcciones como si fuesen fuegos artificiales.

Dirigí la vista al espacio que había entre la tumba y uno de los eucaliptos, el lugar donde al tío Moncho le gustaba sentarse. Allí, justo al lado de la pared, una roca pequeña sobresalía del suelo, como un escaño de piedra que permitía apoyar la espalda en la pared a quien se sentase en él. Tenía que ser allí donde el tío había sentido aquella rara paz, tal como había escrito en su diario.

Me senté en él. Mi madre me miraba en silencio, esperando.

—Este es el sitio, mamá. Aquí es donde tenemos que buscar.

—¿Buscar qué, Sara? Lo peor es que solo contamos con dos frases que escribió el tío. Si algo guardó aquí, puede que después de tantos años ya no quede nada.

A mi madre parecía que la abandonaba la fe en el momento en que más la necesitábamos. Pero a mí, no. Con movimientos decididos, saqué de la mochila las herramientas que traía preparadas: una pequeña azada de jardín, una pala, un buril y un martillo, y los puse en el suelo.

Decidí comenzar con la azada. Lo más normal era que el tío hubiese enterrado lo que andábamos buscando, sabedor de que nadie se iba a poner a excavar en un lugar sagrado como era un camposanto. Cavé al lado del eucalipto, cavé alrededor del mausoleo, cavé en el espacio que quedaba frente a la piedra. La tierra estaba dura, pero la herramienta tenía buena punta y yo me sentía llena de energía. Pero todo mi trabajo fue inútil.

—¡Nada! -reconocí, desalentada. Sentía los brazos sin fuerzas y ya no sabía dónde más cavar-, ¿Qué hora es?

—Las doce y media -contestó mi madre- Pero no te apures; aunque nos retrasemos algo, Rafael bien puede esperar. Total, aquí no pueden dejarnos.

Estimulada por estas palabras de mi madre, abandoné la idea del enterramiento y traté de ponerme en el lugar del tío. ¿En qué otros sitios se podía guardar algo? En el diario no decía que el mausoleo estuviese abierto, como lo estaba ahora. Era impensable que él lo abriese para meter algo dentro, pero, incluso así, exploré con detenimiento el interior de la tumba, en busca de algún rebaje o cosa semejante. Pero allí dentro solo había polvo y piedras.

¿Y si el tío había decidido esconder su secreto en algún otro lugar del cementerio? Entonces la búsqueda era imposible; por pequeño que fuera, no iba a cavar todo el recinto. Desanimada, me senté otra vez en la piedra y apoyé la espalda en la pared. Mi madre entraba y salía del cementerio, sin saber qué hacer para ayudarme.

De súbito, me levanté como si acabara de picarme una avispa. ¡La pared! También era un lugar excelente para esconder algo, sobre todo si lo que querías ocultar era pequeño. ¿Habría algún hueco que lo permitiese?

Me puse en cuclillas y empecé a explorar con las manos las piedras del muro, empezando por el lugar donde antes me había apoyado; no sabía bien lo que buscaba, pero confiaba en que me guiase aquella energía interior que sentía.

Había una piedra pequeña, encajada entre dos bloques más grandes de granito, que pronto me llamó la atención. Cogí el buril y el pequeño martillo y fui picando con cuidado la argamasa que había a su alrededor. La piedra aflojó muy pronto, y entonces pude retirarla sin esfuerzo. Quedó al descubierto un agujero estrecho, mucho más profundo que la piedra que acababa de quitar. Metí la mano con dificultad, retorciéndola cuanto pude, hasta que mis dedos rozaron el fondo del agujero. Casi se me sale el corazón cuando noté que tocaba un objeto metálico. ¡Tenía que ser lo que buscábamos, sin duda alguna!

Me llevó mucho tiempo sacarlo, pues la angostura del hueco me impedía usar el pulgar. Tenía que sujetarlo empleando solo los dos dedos más largos y no era nada fácil. Finalmente, después de que se me resbalase varias veces, conseguí engancharlo bien y extraerlo del

agujero.

El objeto metálico era una cajita redonda, cubierta de óxido. Se la enseñé a mi madre, que ahora estaba en cuclillas a mi lado.

—Es una caja de betún para los zapatos. Cuando yo era niña eran así. Recuerdo que mi madre sudaba cada vez que tenía que abrir una, pues la tapa encajaba casi a presión, supongo que era para que el betún no se secase.

—Pues a ver quién abre esta -contesté-. Está tan llena de óxido que la tapa parece soldada a la parte de abajo.

—Quizá también se haya estropeado lo que tiene dentro -comentó mi madre-. Porque algo tiene que tener, nadie guardaría una caja como esta si estuviese vacía.

Solo había una manera de saberlo, así que fui rascando los bordes con el buril, hasta dejarlos limpios de óxido.

Después, mientras mi madre la sostenía de canto, apoyada en el suelo, le di unos ligeros golpes con el martillo alrededor de toda la junta. En algunos lugares el óxido casi se había comido el metal, y eso ayudó, finalmente, a abrir la caja, lo que nos permitió ver lo que contenía.

Parecía solo un trapo viejo, todo arrugado. Pero cuando lo cogí en la manos y lo fui desenvolviendo, en medio de él apareció el objeto que el tío había guardado con tanto secreto: un delgado anillo de oro, que ahora volvía a reflejar la luz del sol después de tantos años.

Lo examiné una y otra vez, haciéndolo girar entre mis dedos; se lo pasé luego a mi madre, que también lo miró y lo remiró. Se trataba solo de un anillo, sencillo y liso, pero las dos sabíamos que para nosotras era mucho más.

—Límpialo un poco -me dijo mamá-. Frótalo con arenilla y luego dale con la tela que lo envuelve.

Hice lo que me mandaba. Una vez limpio, el anillo mostró un brillo mayor, como si despertase de nuevo a la vida. Al examinarlo otra vez, con más atención, descubrí que en su interior tenía una inscripción grabada: "Sara”, las cuatro letras de mi nombre.

Sentí que me inundaba una súbita emoción ante aquel descubrimiento sorprendente. Se me había formado un nudo en la garganta y el corazón me latía enloquecido y sin control. Mi madre se acercó a mí y cogió el anillo, sin preguntarme nada. Lo tuvo durante unos minutos entre sus dedos, mientras las lágrimas resbalaban silenciosas por su cara. Aquel anillo que mi tío había escondido era su bien más preciado; para él tuvo que ser mucho más que una joya, el talismán que quizá le había dado fuerzas para resistir los amargos años de cárcel. El mismo anillo que había estado en aquella cavidad tantos años, esperando mi llegada. Me estremecí al pensar que pudo haber quedado allí para siempre, enterrado como en una tumba hasta el fin de los tiempos. ¿Quién estaba moviendo los hilos del destino?

Le dije a mi madre que lo guardase, que el objetivo de nuestro viaje estaba cumplido, pero ella me lo devolvió:

—Toma, es tuyo. ¿No ves que lleva tu nombre?

Bien sabía que yo no era la Sara que figuraba en la joya, pero también adivinaba que solo a mí me correspondía heredar aquel anillo. Cuando lo puse en mi dedo, sentí un escalofrío que ya conocía, pues era el mismo que había experimentado en el cuarto de Viveiro ante aquella presencia innominada. Me quedé en silencio, quieta, mirando a uno y otro lado del cementerio. No había ninguna duda: la presencia que yo había sentido en la casa de la abuela estaba ahora allí, llenando el aire de aquel pequeño espacio amurallado. Mi madre también tuvo que sentirla, porque me miraba desconcertada, sin atreverse ni a moverse ni a pronunciar una palabra, con una mirada en la que se reflejaba el miedo y el asombro ante el misterio que no podemos entender. Fue como si el tiempo quedase suspendido y, por unos instantes, las paredes y la isla entera desaparecieran de nuestra vista. Nosotras dos solas, entre el mar y el cielo, rodeadas por aquella presencia invisible que nos envolvía.

¿Cuánto tiempo estuvimos allí? Mi madre me comentó después que, en tiempo de reloj, no más de cinco minutos.

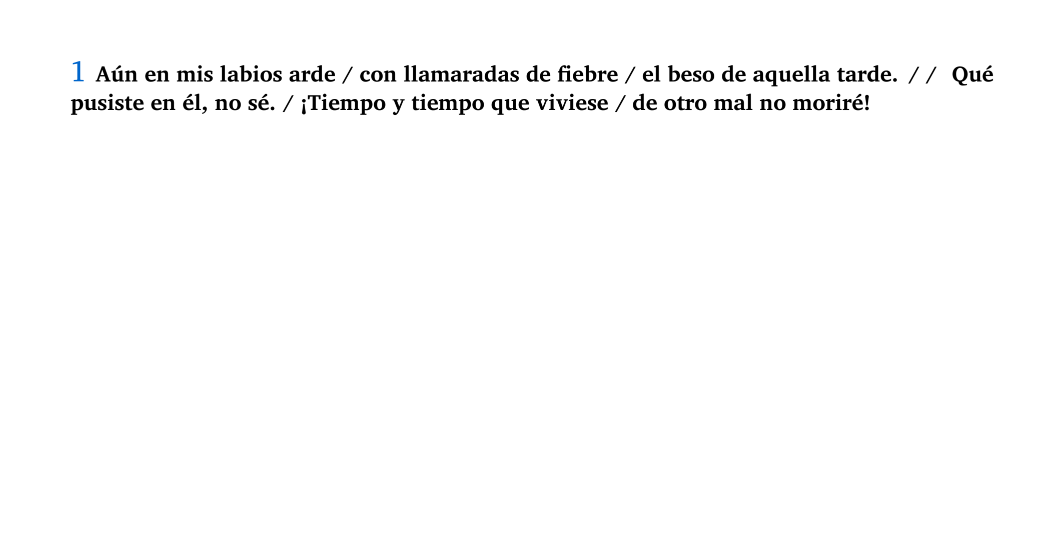
Pero que a ella, lo mismo que a mí, le había parecido una eternidad.

No nos dijimos nada, no hacía falta. Las dos sabíamos lo que acabábamos de experimentar, no necesitábamos palabras para explicar

lo que quizá era inexplicable. Pero en aquel momento yo tenía la certeza de que al tío Ramón ya no le quedaban más cuentas pendientes en este mundo. Y sabía también que la presencia fantasmal que me había acompañado durante el verano ya nunca más iba a estar conmigo. Mi corazón no me engañaba cuando me decía que su aparición en la isla había sido una despedida, la despedida final de quien sabe que nunca va a volver.

Durante el trayecto de regreso en la lancha, permanecí todo el viaje mirando la isla, otra vez solitaria como un barco abandonado. Intuía que acababa de cerrar una puerta y que ante mí se abría otra que me dejaba ver múltiples caminos. No sabía cuál escogería, pero tampoco me preocupaba, pues por dentro sentía una seguridad que nunca hasta ese momento había experimentado. El anillo brillaba en mi dedo con una rara intensidad, como si el contacto con mi piel le otorgase una energía nueva. Ante aquel brillo, recordé una frase que había leído en un libro de Jack London y que, por lo que me había impresionado, había acabado copiando en el ordenador y haciendo con ella un cartel que había pegado en la pared de mi cuarto: «Prefiero ser, antes que un planeta adormecido y estable, un espléndido meteoro con todos mis átomos brillando con un magnífico fulgor».

Es el mismo cartel que tengo ahora frente a mí, son las mismas palabras que releo una vez más, después de estas noches de escritura apasionada con las que cierro un capítulo de mi vida. El anillo sigue conmigo, recordándome el pasado de donde vengo y llenándome de confianza cada nuevo día. Supongo que no va a ser fácil vivir, pero no tengo ningún miedo. Porque en mí está el futuro.



1 **Aún en mis labios arde / con llamaradas de fiebre / el beso de aquella tarde. / / Qué pusiste en él, no sé. / ¡Tiempo y tiempo que viviese / de otro mal no moriré!**

www.literaturasm.com

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Traducción del gallego; Rafael Chacón

Título original: *Noite de voraces sombras*

Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel: 902 121 323

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-5275-1